

Brigitte

EN ACCION

Lou Carrigan

La zarpa del mal

Brigitte debe, por casualidad, esperar unas cuantas horas en el aeropuerto Leonardo da Vinci a que salga su avión para Malta, y allí presencia cómo un hombre cae fulminado y otros dos se lo llevan, haciéndose pasar por médicos. Por supuesto, la agente Baby entra inmediatamente en acción.



Lou Carrigan

La zarpa del mal

Brigitte en acción - 258

Archivo Secreto 242

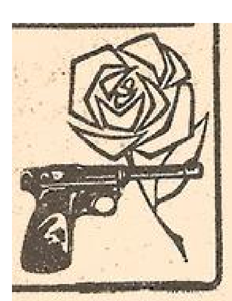
ePub r1.0

Titivillus 23-02-2018

Lou Carrigan, 1978
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte

EN ACCION



Capítulo primero

Aquel día, a finales del año mil novecientos setenta y cinco, las, personas que, por un motivo u otro, pasaron por el aeropuerto Leonardo da Vinci, tuvieron motivos especiales para felicitarse.

En realidad, no todas las personas. Solamente los hombres. Las mujeres miraban con cierta animosidad a la mujer de los ojos azules; pero los hombres, interiormente, se felicitaban por haber elegido aquel día para viajar, porque así habían podido ver a la más divina criatura que jamás recordasen sus ojos.

Ella estaba sentada en el gran vestíbulo de espera, en una de las butacas, fumando un cigarrillo. Sobre el regazo tenía un maletín rojo, con florecillas azules estampadas. El día era agradable, así que había dejado su abrigo doblado en la butaca contigua.

Todo lo que hacía era mirar apaciblemente a todos lados, con gesto amable, como si todo le divirtiese, o cuando menos le agradase… Sí, sus ojos eran azules: grandes, bellísimos, limpios, serenos, de un purísimo azul cielo. Largos cabellos negros, suavemente ondulados; boca sonrosada, barbilla delicada en apariencia, con un gracioso hoyuelo vertical hendiéndola suavemente. Era no sólo bellísima, sino elegante. Aunque, con aquel cuerpo, era imposible no ser elegante: esbelto, de líneas perfectas, medidas correctas, pero casi rebasándolas, era la representación de la armonía física. El cuello era especial: delgado, flexible, sin una arruga, sin una protuberancia… Como hecho de alabastro.

Sí.

Realmente la divina criatura hacía sospechar en quien la veía, que estaba siendo víctima de un sueño. Pero no era un sueño. La criatura existía. Se llamaba Brigitte Bierrenbach Montfort, de profesión periodista, y procedía de Nueva York; vía París. No se iba a quedar en Roma. Estaba allí, en el aeropuerto de Fiumicino, sólo esperando el avión que saldría poco después hacia el aeropuerto

Luga, en la isla de Malta.

En realidad, tendría que haber salida ya hacia Malta por la mañana, apenas llegar de París. Pero en un periódico del avión París-Roma, la señorita Montfort había leído, entre otras cosas, que el ministro de Marina holandés pasaría precisamente por el Leonardo da Vinci aquella tarde, procedente del vuelo de Alitalia que habría salido por la mañana de Tel Aviv. Esto es, que el ministro holandés había estado en Tel Aviv unos días, y regresaba a Amsterdam, con escala en Roma. En sí, la noticia no tenía importancia especial, al menos para la señorita Montfort, que como periodista de altos vuelos hasta el punto de haber sido galardonada con el Premio Pulitzer, podía quizá sentir interés por el ministro si las circunstancias de la entrevista fuesen privadas y más o menos sinceras. Pero para escuchar al holandés todas las frases preparadas por sus secretarios, no valía la pena perder el primer avión del día con destino a Malta.

Pero…

Pero en el Leonardo da Vinci la señorita Montfort había percibido algo que, no le había gustado nada. Absolutamente nada, Había contado hasta siete hombres de raza árabe, deambulando por allí. Podían ser egipcios, sirios, palestinos… Podían ser un grupo de terroristas dispuestos a darle al ministro holandés el gran disgusto de su vida, en cuanto su avión aterrizará en Fiumicino. El resumen de todo esto; en fin, era que la señorita Montfort había temido que los árabes en cuestión hiciesen aparecer bombas de mano y metralletas al aparecer el ministro en el aeropuerto para esperar el cambio de avión.

Y como quiera que la dulce, suave, simpática y amable señorita Montfort, además de periodista famosa, era una secretísima agente de la CIA que, con el nombre clave de Baby tenía pasmados hacía años todas los servicios secretos del mundo, había decidido que aquella parte del asunto sí le interesaba. Y mucho. Había decidido vigilar estrechamente a los árabes, y, si realmente se proponían llevar a cabo un atentado, ella lo impediría. Por eso, la señorita Montfort había enviado a Malta su equipaje en el primer avión, pero se había quedado con su mágico maletín, que contenía mil trucos, además de una pistolita. No, señor, mientras ella estuviese allí, ningún terrorista provocaría el pánico, ni ocasionaría muerte

alguna.

Sólo que, como le suele ocurrir a la mayoría de los mortales, la señorita Montfort se equivocó. Los árabes no eran terroristas. Estaban allí casualmente, efectuando sus gestiones o sus viajes. Hasta el punto de que, dos horas después de que el avión con destino a Malta hubiese partido, ya no quedaba en el aeropuerto ni uno solo de aquellos «terribles» hombres de raza árabe, y, en cambio, la señorita Montfort había perdido su avión y tendría que esperar.

¡Lo que se reiría él cuando le explicase el motivo de su retraso! Bueno, no se reiría a carcajadas, desde luego, pues era demasiado serio para eso. Pero estaba segura de que vería en el fondo de sus negrísimos ojos aquella sonrisita especial, entre amable y burlona… De todos modos, no había querido causarle preocupación, así que le había enviado un telegrama urgente:

> «**Signore Angelo Tomasini - Villa Tartaruga. República de Malta.** Pequeña contrariedad me obliga a permanecer en Roma unas horas más. Discúlpame. Llegaré próximo avión. Besos. *Brigitte*».

El próximo avión salía a las cinco de la tarde, de modo que la señorita Montfort había almorzado en el aeropuerto, y luego había optado por tomarse las cosas con filosofía y simpatía. A fin de cuentas, sentarse a ver pasar a la gente que tiene prisa es uno de los espectáculos más baratos y distraídos del mundo. Y si hay algún sitio digno de permanecer unas cuantas horas observando a los que van y vienen, no cabe duda de que ese sitio es un aeropuerto. O una estación de ferrocarril, desde luego. Y no digamos, un puerto de mar… Los altavoces anunciaron la llegada del vuelo 205 de Alitalia, procedente de Tel-Aviv. Es decir, el vuelo del ministro holandés que había sido el causante inocente del retraso de la señorita Montfort en llegar a Villa Tartaruga. Hacia la parte destinada a llegadas de vuelos internacionales hubo un pequeño revuelo. Los periodistas italianos, y sin duda algún que otro extranjero se disponían a trabajar.

Y aunque la señorita Montfort no pensaba hacerlo, se puso en pie, y se fue acercando allí. Esperaba ver al ministro holandés,

simplemente.

Lo vio. Apareció doce minutos más farde, acompañado de secretarios y ayudantes, aparte de un par de guardaespaldas muy discretos, que miraban alrededor como quien no quiere la cosa. El equipaje de la comitiva holandesa apareció por la cinta transportadora, mientras el señor ministro, muy amablemente, atendía a los periodistas…

Ni rastro de árabes. Nada. Todo tranquilo. La señorita Montfort comenzó a alejarse, perdido realmente todo interés por el asunto. Lo que pasaba era que ella veía ya fantasmas en todas partes. Deformación profesional, pero no de periodista, sino de espía, que creía ver peligros y atentados en todas partes…

—He tomado una decisión inteligente al querer pasar el fin de año con Uno, los dos solos en Villa Tartaruga —se dijo la espía—. Lo que necesito es descansar física y mentalmente. Sobre todo, mentalmente.

El ministro holandés dio por terminada su audiencia a los periodistas, y, ya todo en, orden, se dirigió hacia el aparato de la KLM que le llevaría a Amsterdam en vuelo directo. La señorita Montfort, paseando por el gran vestíbulo ahora, se sorprendió a sí misma mirando hacia el despacho de la KLM, en el aeropuerto. ¿Por qué miraba hacia allí…? Había sido tonto mentirse a sí misma: miraba hacia allí porque, aunque fuese inconscientemente, todavía pensaba en la posibilidad de que algún árabe hubiese tomado pasaje en aquel avión, y ella quería verlo. Pero no. Ninguna persona de raza árabe había acudido a realizar los trámites del vuelo Roma-Amsterdam. Tampoco en la revisión de pasaportes… Ningún problema, nada de que preocuparse. Sólo hubo un pequeño incidente.

Uno de los pasajeros del vuelo Roma-Amsterdam de la KLM, un hombre de unos sesenta años, alto, elegante, con las sienes relucientes de canas que parecían plata y que caminaba ya hacia la puerta de salida para tomar el avión, rodó, de pronto, por el suelo. Dejó caer su portafolios, su abrigo y su sombrero, se detuvo en seco, se llevó una mano al corazón, y rodó por el suelo, hacia delante.

Hubo un instante de desconcierto; luego, se oyeron algunos grititos, alguna que otra exclamación, ruido apresurado de pies… En pocos segundos, el caballero que había rodado por el suelo

estuvo rodeado de personas. Alguien pedía un médico a gritos.

Brigitte permanecía donde estaba, por razones de alta lógica y sentido común. Una de esas razones era que carecía de sentido del morbo. Otra, que no era médico. Otra, que sabía que tanta gente alrededor de aquel pobre hombre sólo podía perjudicarle, no beneficiarle.

Fue así, manteniéndose apartada, cuando vio a los dos hombres. Los había visto antes por allí, pero no les había hecho caso especial. Eran corrientes y vulgares en todo. Pero, ahora, mientras el otro yacía en el suelo, ellos dos estaban como petrificados, muy pálidos y miraban con expresión desorbitada hacia el grupo de gente. Los vio mirarse y cambiar un rápido comentario. Uno de ellos pareció dispuesto a echar a correr hacia la salida del aeropuerto, pero el otro le retuvo por un brazo, señaló hacia el grupo de gente, y murmuró algo. Hubo una breve vacilación en ambos. Luego tomaron una súbita decisión: corrieron hacia donde yacía el hombre de porte elegante.

Sin ningún miramiento, comenzaron a apartar a la gente, mientras uno de ellos, en italiano, aseguraba que eran médicos, que abriesen paso…

De pie en un lado del vestíbulo, con un cigarrillo en una mano y el maletín en la otra, Brigitte Montfort asistía a la escena como indiferente, pero en realidad fotografiándolo todo con sus grandes ojos. Era como si estuviese: tomando un, filme de lo que sucedía. Una película perfectamente detallada, que podría pasar y repasar por su mente, siempre que ella se lo propusiese: no olvidaría ni un solo detalle.

Los dos hombres se habían abierto paso y, mientras uno de ellos se arrodillaba junto al hombre elegante, el otro insistía en que el cerco de curiosos se ensanchase, en lo cual estaba de acuerdo Brigitte Montfort. Habían acudido también dos policías, que parecieron ponerse a disposición del médico… Del extraño médico, pues era el hombre que había querido marcharse corriendo de allí al ver caer fulminado al hombre elegante. Además, Brigitte le veía bien el rostro y le sorprendía que estuviese tan pálido. ¿Por qué? Sin duda, un médico tiene que estar acostumbrado a esas cosas: un infarto, trombosis, un desmayo por cualquier causa, una muerte súbita, incluso… ¿Por qué estaba tan pálido, tan inquieto, tan

asustado? Y el otro también, desde luego.

El médico hizo una seña al otro y a los dos policías. Les dijo algo que pareció sorprender un poco a los dos policías. Luego, el que no era médico salió a toda prisa del aeropuerto, los dos policías alzaron al hombre elegante, y en pos del médico, fueron hacia la salida. Allí, apenas medio minuto después, apareció el compañero del médico al volante de un coche. Los policías colocaron al hombre en el asiento de atrás, el médico entró también allí, y el coche partió. Sin duda alguna, los dos policías estaban desconcertados, dominados por la rápida acción de mando del médico, pero no era éste el caso de la señorita Montfort.

«Un médico no haría eso», había pensado.

Por supuesto que no. Un médico habría abierto las ropas del hombre elegante para que respirase mejor, y al mismo tiempo habría pedido algo con que abrigarlo. Y naturalmente, habría pedido una ambulancia y habría cuidado muy bien de que nadie moviese al hombre desvanecido…

Por, automatismo, la señorita Montfort había hecho señas a un taxi, y en cuanto estuvo dentro, había pedido:

—Vaya detrás de ese coche, por, favor…

—Sí, señorita. ¿Es familia de usted ese hombre?

—No… No. A decir verdad, preferiría que usted se mantuviese a distancia.

Hablaba un italiano perfecto, pero el hombre la miró por el retrovisor como si no la hubiese entendido.

—¿No quiere usted que sepan que vamos detrás?

—Exactamente.

El taxista parpadeó. Luego frunció el ceño. Finalmente, fue reduciendo velocidad, permitiendo que el coche perseguido se fuese alejando…

* * *

El taxista miró por el retrovisor a su pasajera, manifestando su sorpresa.

Estamos en Ciampino…

Brigitte Montfort no contestó. Sabía que estaban en Ciampino, el otro aeropuerto romano, más cerca de Roma que el de Fiumicino.

También estaba un tanto sorprendida, pero no quería distraerse. El coche en el que iba el hombre elegante se había detenido en la zona de estacionamiento. Un hombre se acercó en cuanto se hubo detenido. Del coche, se apearon el médico, su amigo…, y el hombre elegante. Éste tenía el rostro tan pálido que parecía un cadáver, pero, evidentemente, estaba lo bastante repuesto para valerse por sí mismo. Dijo algo, señalando en dirección a Fiumicino, pero los otros dos movieron la cabeza, y el amigo del médico habló con el recién llegado. Éste se metió en el coche, y abandonó el aeropuerto, llevándoselo. El médico, su amigo y el hombre elegante se dirigieron hacia el interior del aeropuerto.

—Espere aquí —pidió Brigitte.

Se apeó del taxi, aguardó un tiempo prudencial, y entró detrás de los tres hombres. No los vio, así que corrió hacia el exterior, al otro lado del edificio, donde estaban las pistas. Apenas asomarse, descubrió a los tres hombres, caminando hacia una pista apartada, donde había varias avionetas y aviones de pequeño tamaño… Permaneció allí, con la mirada fija en los tres hombres, que seguían alejándose, cada vez más, empequeñecidos en la distancia.

No se sorprendió demasiado cuando les vio subir a una de las avionetas, que tardó muy poco en despegar. Inmóvil en su puesto de observación, Brigitte Montfort permaneció allí, incluso cuando ya la avioneta había desaparecido; en el cielo azul y soleado. ¿Realmente tenía importancia lo que había ocurrido? Un hombre se dispone a tomar el avión del vuelo Roma-Amsterdam, pero se encuentra enfermo súbitamente, cae al suelo; dos hombres que estaban allí palidecen, se asustan, parecen dispuestos a escapar corriendo; pero, en lugar de eso, lo recogen, uno de ellos se finge médico, se lo llevan del aeropuerto; y se van a, otro, donde disponen de una, avioneta, además de un compañero que se lleva el coche que han utilizado el hombre elegante, y los otros dos; se van en una avioneta. Fin.

¿Quién era el hombre elegante que iba a tomar el mismo avión que el ministro holandés? ¿Y quiénes sus amigos?

Brigitte Montfort regresó al taxi…

—Volvamos al Leonardo —pidió.

* * *

En el Leonardo da Vincí, el empleado de la KLM estaba superencantado de la vida. No todo el mundo podía tener oportunidad de complacer a una mujer como aquella. Además, lo que pedía era tan poca cosa.

—Ah sí, ese pobre hombre que se desmayó… Desde luego que ya no podrá tomar el avión pues despegó hace rato.

—Sí, lo comprendo —sonrió Brigitte. Sólo se trata de que me diga usted quién es, a fin de avisar a su familia. Quizá le estén esperando en Amsterdam, y…

—En efecto. Tiene usted razón. Pero, no es holandés. Recuerdo que es francés… Un momento, será mejor que mire las listas. Yo mismo le atendí con su talón de embarque. Discúlpeme un segundo…

—Cómo no —sonrió la divina.

El empleado de la KLM regresó ante ella segundos después, con las listas en las manos. Las depositó delante de la bellísima dama que le había concedido el honor de permitirle contemplarla de cerca.

—Aquí está. Es francés, tal como le he dicho… Su nombre es Fernand Dijon-Vernes.

—Dijon-Vernes —parpadeó Brigitte—. No es un apellido corriente.

—No, no lo es, en efecto.

—¿Consta su dirección en alguna parte?

—No. El pasaporte lo tiene él, naturalmente. Usted se está preocupando por nada, señorita. El médico que se lo llevó tiene su portafolios, así que en cuanto encuentre el pasaporte tomará las medidas oportunas.

—Es verdad —sonrió Brigitte—. Pero siento una gran curiosidad por ese pobre hombre. Usted vio su pasaporte. ¿Se fijó en su profesión?

—La verdad es que no. Sólo sé su nombre, porque consta en las listas y que él reside en París.

—Bien… Vaya, que terquedad más tonta por mi parte, ¿verdad? Será mejor que me ocupe de mis propios asuntos. Muchas gracias por todo.

Veinte minutos más tarde, la señorita Montfort había conseguido, con su habitual suerte, un pasaje Roma-París, en la

oficina de la Air France. El vuelo era el 374, y salía de Fiumicino a las diecisiete veintidós. Un vuelo que nadie impediría tomar a la señorita Montfort, sin más equipaje que su abrigo y el maletín rojo con florecillas azules.

Y en efecto, a las diecisiete veintidós, Brigitte Montfort emprendía el vuelo a París. No sin antes haber enviado un telegrama que decía:

> «He tomado vuelo 379 Air France con destino a París. Espero poder llegar a Tartaruga para celebrar Año Nuevo. Si no, es así, te deseo Feliz Año, mi amor. Besos. - *Brigitte*».

Naturalmente, este telegrama también iba dirigido al *signore* Angelo Tomasini, Villa Tartaruga, República de Malta.

A las diecinueve treinta, la señorita Montfort estaba en el aeropuerto internacional de Orly, cerca de París, Es decir, que había regresado al lugar de donde había partido aquella mañana. Había estado en el Leonardo da Vinci, había visto caer rodando por el suelo a un hombre, y había vuelto a París.

—¡Qué tontería! —se dijo cuando viajaba en taxi hacia la capital francesa—, debería estar ya en Villa Tartaruga, y no dando vueltas como una tonta de un lado a otro.

Pero ya no había nada que hacer: el taxi se dirigía hacia París.

Capítulo II

Según el directorio telefónico de París, *monsieur* Fernand Dijon-Vernes vivía, efectivamente, en la capital francesa, exactamente en el número 12 de la Rue de Gay Lussac. Esto quedaba tan cerca del Boulevard St. Michel que desde el edificio se podía ver, al otro lado del bulevar, los Jardines de Luxemburgo.

La señorita Montfort había llegado allí a pie, y desde la acera de enfrente, contemplaba el edificio de cinco pisos, deslucido. Tenía todo el aspecto de una de esas casas antiguas con enormes apartamentos de altos techos y muchas habitaciones. La clase de apartamento que podía ocupar, tiempo atrás, una persona adinerada, y que, en la actualidad, para seguir manteniéndolo había que contar con buenos ingresos.

En el mismo edificio, a la derecha del amplio portal, había una librería. Brigitte fue allá, entró, y se dirigió directamente a un hombre de edad que, sentado tras la caja registradora, leía Le Parisien, con las gafas en equilibrio sobre la punta de la nariz. Eran las diez y media de la mañana.

—Perdón, señor…

El hombre, obeso, de edad madura, rostro colorado y vivos ojillos oscuros, alzó éstos por encima de los lentes, y se quedó estupefacto de admiración. Absolutamente estupefacto, mudo, petrificado. Un joven dependiente, que no había perdido de vista a la recién llegada presunta cliente, emitió una risita, y el hombre pareció despertar entonces.

Sonrió al darse cuenta de que la visitante también le sonreía, con unas chispas de risa en los grandiosos ojos azules.

—*Mon Dieu*… —suspiró el hombre—. ¿En qué puedo servirle, señorita?

—Perdone que le moleste. Estoy buscando a *Monsieur* Dijon. Sé que es por aquí, recuerdo el nombre de la calle; pero he perdido el

papelito con la dirección, y ahora no sé cómo arreglármelas… ¿Conoce usted a *monsieur* Dijon?

—¿Dijon-Vernes?

—Oh, si. ¡Sí, sí, exactamente! Fernand Dijon-Vernes.

—Vive, en este mismo edificio, en el tercer piso. Ah… ¡Gracias a Dios! He tenido suerte. Estoy buscando a un abogado… ¿Es él?

—En efecto.

—Me lo ha recomendado un amigo. ¿Es un buen abogado?

—Pues de eso no sé, señorita… *Monsieur* Dijon-Vernes es cliente de la casa, compra libros, algunas revistas, y su familia también compra aquí. Los niños, sobre todo, siempre están comprando. Su yerno compra revistas deportivas. Eso lo sé bien, pero por fortuna, no he precisado todavía los servicios de *monsieur* Dijon-Vernes como abogado.

—Sí, por fortuna —murmuró tristemente Brigitte—. Bueno, estoy pensando que quizá viva aquí, pero tenga el despacho en otro sitio, de modo que si subo, ahora podría molestarle…

—No, no. Eso lo sé, tiene el despacho arriba. Por cierto, hace días que no veo a *monsieur* Dijon-Vernes.

—¡Oh! ¡Espero que, no esté enfermo!

—Lo ignoro, señorita.

—No sé —Brigitte miró su relojito—. Quizá sea un poco temprano para subir. Entiendo, pues, que vive arriba con su familia.

—Así es. Una familia numerosa y simpática.

—¿Numerosa?

—Bueno, *monsieur* Dijon-Vernes y su esposa solamente tuvieron una hija, pero éste se casó hace ocho o diez años con un joven, estudiante de Leyes, y ahora tienen cinco niños.

—Deben ser muy populares por aquí.

—Ya lo creo que sí. Son personas…, ¿cómo se lo diría?…, de calidad. Sí, de calidad.

—¿Quiere decir ricos?

—No. Eso no lo sé. Quiero decir de calidad. Una persona puede ser multimillonaria y no tener calidad como persona. No sé si me explico…

—Bastante bien —asintió la hermosísima morena de ojos azules —. Usted quiere decir que son personas honradas, queridas por todos y que tienen cierta clase.

—Bastante clase. Sí, todo eso, en efecto.

—Bueno, me parece magnífico, porque estoy necesitando un abogado que tenga… grandes cualidades de comprensión. Ha sido usted muy amable, *monsieur*. Ha dicho en el tercer piso, ¿verdad?

—Sí. No hay más que una puerta por piso, así que no tendrá problemas.

—Gracias… Gracias, *monsieur*.

Brigitte salió de la librería y entró en el portal. Subió al primer piso y se detuvo. La idea de que estaba perdiendo el tiempo estaba en su mente. Había pasado la noche en un discreto hotel, había consultado el listín telefónico y había visto que Fernand Dijon-Vernes era abogado, y dónde vivía. Sabía ahora que era una excelente persona, con familia, niños… Tenía nietos. Lo más normal habría sido que Brigitte hubiese desistido de más averiguaciones y hubiera tomado un taxi para ir directamente a Orly y subir de nuevo en un avión para Roma. Pero…

Pero lo sucedido en el Leonardo da Vinci no acababa de parecerle natural. Fernand Dijon-Vernes se disponía a tomar el avión de la KLM, con destino a Amsterdam; el mismo que el ministro holandés, que ya debía estar tan tranquilamente instalado en su domicilio, desde la tarde anterior…, mientras la agente Baby, por su cuenta y riesgo, seguía complicándose la vida. Pero…, ¿por qué si Dijon-Vernes tenía amigos que disponían de una avioneta, no habían volado con ella a Amsterdam? ¿Por qué se habían asustado tanto sus dos amigos y habían estado a punto de dejarlo abandonado allí tendido en el suelo del Leonardo da Vinci? ¿Por qué un hombre estaba esperando para hacerse cargo del coche? ¿Por qué los dos hombres se habían llevado del aeropuerto a Dijon-Vernes, en lugar de dejarlo allí para que fuese debidamente atendido y pudiera, quizá, tomar todavía el avión, o cuando menos devolver el billete y recuperar casi la totalidad de su importe?

Subió al tercer piso. Apretó el timbre. A los pocos segundos, la puerta fue abierta por una dama de cincuenta y tantos años, esbelta, elegante, todavía atractiva en sus justos límites, expresión amable. Tenía los ojos claros y los cabellos teñidos de rubio, contrastaban con ellos.

—¿Qué desea? —sonrió amablemente.

—Quisiera ver al señor Dijon-Vernes. Al abogado.

—Lo siento. No ésta, señorita.

—¿A qué hora puedo…?

—No, no. Quiero decir que no está en París. Salió de viaje hace unos días.

—Oh… ¡Oh, Dios mío, qué mala suerte! ¡Me lo habían recomendado tanto! Es un asunto muy delicado…

—Mucho debe serlo, pues prácticamente mi esposo ya no trabaja, salvo en casos excepcionales… ¿Quién la envía?

—*Monsieur* Debré.

—¿Debré…? No, le conozco, no le recuerdo… Oh, por favor, pase, señorita…

—Lafrance. Monique Lafrance, *madame*. —*Madame* Dijon-Vernes cerró la puerta y la miró amablemente—. Bueno, es muy posible que usted no conozca a *monsieur* Debré, ya que él conoce a su esposo de oídas, por medio de otras personas que no mencionó. Pero, sea como sea, tengo el convencimiento de que su esposo es el abogado que necesito, *madame*. ¿No podría ponerme en contacto con él?

—Pues no sé, la verdad… ¿Por qué no vuelve a las doce? Mi yerno estará aquí. El también, es abogado y quizá podría aconsejarle. En realidad, la mayoría de clientes de Fernand están aceptando muy bien a mi yerno.

—*Madame*, no quisiera molestarla, pero preferiría a su marido. Tiene que ser una persona con mucha experiencia. Es un asunto urgente y lo pagaremos muy bien. Si tan sólo pudiese preguntarle por teléfono a su marido si le interesa… ¿No podríamos llamarlo? Por favor, *madame*… ¡Por favor!

—Bueno, él está en Cannes ahora.

—¿En qué dirección? Estoy autorizada para realizar cualquier gasto con tal de localizar al señor Dijon-Vernes. Podría tomar el avión a Niza y de allí, alquilaría un coche hasta Cannes.

—¿Tan importante es?

—En efecto, *madame*.

—Bien. En realidad, no sé en que dirección está. Sólo sé el número de teléfono: 50-12-64. De Cannes, naturalmente. Y no sé si hago bien diciéndoselo, porque Fernand me lo dio a regañadientes. Está en casa de unos amigos a los que no quiere molestar demasiado.

—Lo tendré en cuenta, *madame*. Y en lo que a mí respecta, él no sabrá de dónde he obtenido esta información.

Al decir esto, Brigitte guiñó simpáticamente un ojo, y *madame* Dijon-Vernes se echó a reír.

—¡Se lo agradezco! —exclamó—. De todos modos, si usted le resulta a Fernand tan simpática como a mí, no habrá problemas. Puede llamarle desde aquí mismo, si lo desea.

Brigitte simuló sopesar esta posibilidad, y acabó moviendo negativamente la cabeza.

—Será mejor que no. No creo que sea conversación para sostener por teléfono, así que me voy ahora mismo a Orly, y espero encontrar pasaje para Niza. Cuente con mi discreción, *madame*. ¡Y muchísimas gracias!

A las doce menos diez, Brigitte llegaba a Orly. A las quince y veinte salía en un «Caravelle» con destino a Niza, después, de haber enviado un telegrama desde el aeropuerto de Orly. Un telegrama, en verdad, lacónico:

«Cannes hotel Majestic. Besos. - *Brigitte*».

A las dieciséis treinta estaba en Niza, en cuyo aeropuerto alquiló un taxi, con el que se hizo llevar a Cannes, adonde llegó cerca de las dieciocho, después de haber estado contemplando durante el trayecto, el mar azul, desde la carretera costera. Considerando las fechas, no tuvo ninguna dificultad en encontrar alojamiento en el hotel Majestic, sin duda alguna el mejor de Cannes. Había estado cerrado desde mitad de septiembre a mediados de diciembre; hacía pocos días que lo habían abierto.

Lo primero que hizo Brigitte, una vez conseguido alojamiento en el Majestic, fue comprar algunos vestidos y otras prendas, así como una maleta, en el mismo Boulevard de la Croisette, y hacerlo llevar todo al hotel, como si fuese su equipaje. A fin de cuentas, nunca era desagradable adquirir algo de ropa en Francia.

Cenó en el grill del hotel y luego se retiró a su habitación. Se puso el encantador pijama que había adquirido poco antes, encendió un cigarrillo, y se sentó en la cama, con las piernas cruzadas y el listín telefónico de Cannes sobre las rodillas. No era nada fácil lo que pretendía, pero de ninguna manera iba a recurrir a sus compañeros de la CIA para pedir ayuda; sobre todo, teniendo en

cuenta que seguramente estaba perdiendo el tiempo con aquel extraño asunto que la tenía desconcertada.

Eran casi las dos de la mañana cuando lo consiguió: encontró en el listín telefónico el número 50-12-64. Constaba a nombre de un tal Maximilian von Maxe, que vivía en cierto número de la Avenue d'Antibes.

Conseguido lo que quería, la señorita Montfort se tendió en la cama, apagó la luz y cinco segundos después, dormía profundamente.

Capítulo III

—Debían ser las diez y media de la mañana siguiente cuando Brigitte Montfort detenía el coche recién alquilado delante del chalé que, según el directorio telefónico, disponía del aparato que respondía al número 50-12-64. Sólo que la señorita Montfort ya no parecía la señorita Montfort: se había, puesto ropa de la comprada la tarde anterior y además, la peluca rubia, que, como la de rojos cabellos llevaba siempre en su maletín; tampoco sus ojos eran ya azules, sino verdes, debido a las lentillas de contacto de este color.

Otro detalle: si *monsieur* Dijon-Vernes había estado en Roma o cuando menos en el aeropuerto…, ¿por qué su esposa creía que estaba en Cannes en todo momento?

Desde el coche, la rubia y bella joven de ojos verdes estuvo contemplando unos segundos el chalé. Estaba en la Avenue d'Antibes,
cierto, pero ya fuera de la ciudad, en la Nacional 7. Era una casita discreta en cuanto a tamaño, muy bonita, con tejado rojo y persianas pintadas de azul. Un pequeño jardín en la parte delantera, le daba un aspecto amable y tranquilo. Detrás, se veía el azul del mar.

Brigitte se apeó; miró alrededor, caminó arriba y abajo, contemplando la casa desde diversos ángulos y luego, con gesto muy decidido, se encaminó hacia la puerta. La del garaje, pintada de blanco, estaba cerrada. Era un lugar tranquilo y agradable.

Abrió la puerta un hombre de unos cincuenta años, de, aspecto muy agradable y mirar reposado; a las diez de la mañana vestía con seriedad y corrección que en él no desentonaba, así que la visitante comprendió que aquel hombre era un criado.

—¿Diga, señorita?

Buenos días —habló la rubia, con fuerte acento americano y en aceptable francés—. ¿Podría ver al propietario de la casa?

—Me temo que el señor no está en estos momentos. ¿Quiere dejarme el recado?

—Claro que no. Quiero hablar con él directamente. Es un asunto muy importante, se lo aseguro.

—¿Importante? —Alzó las cojas, el hombre.

—Importantísimo.

El criado vaciló un instante, pero acabó por apartarse.

—Tenga la bondad de pasar.

—Gracias.

La llevó a una pequeña salita de estar, cuya ventana daba al mar.

—Veré si el señor está en casa. Con permiso…

La dejó sola, cerrando la puerta. Brigitte se acercó a la ventana, y se quedó mirando el mar, tan azul, con crestas blanquísimas. No vio ni una sola gaviota. El paisaje terrestre tampoco le gustó, pues le pareció demasiado áspero. Pero el mar… Ah, el mar siempre le gustaba; en sus mil facetas.

Sonriendo, dejó de mirarlo, y contempló con indiferencia uno de los cuadros que había en una pared. Habían otros, igualmente vulgares, sin ningún valor artístico, prácticamente. El mobiliario tampoco le pareció una maravilla. En conjunto, todas aquellas cosas eran las que tendría una persona carente de gustos definidos. La puerta se abrió.

—Tenga la bondad de venir —pidió el criado.

Era muy educado. Brigitte le miró de reojo, al pasar por su lado. Fueron a la biblioteca, cuya puerta estaba al otro extremo del vestíbulo. El criado abrió y, se apartó, preguntando:

—¿Cuál es su nombre?

—Es Connors.

—La señorita Connors —anunció.

Ella entró y el criado cerró la puerta. La biblioteca también tenía un gran ventanal que daba a la parte de atrás de la casa, es decir, con vistas al mar. No era demasiado grande, pero sí resultaba acogedora, confortable naturalmente, estaba atestada de libros que llenaban las estanterías de tres paredes. En un ángulo, cerca del ventanal, había un tresillo y allí estaban las personas que en aquel momento ocupaban la biblioteca.

Tres personas a cuál más interesante…, aunque ninguna de ellas

era Fernand Dijon-Vernes.

La que llamaba inmediatamente la atención era el guapísimo muchacho rubio, alto, atlético, de ojos azules, piel bronceada y expresión de niño bueno, pese a que su edad no podía ser inferior a los treinta años; vestía pantalones grises y un jersey negro, de cuello alto, que le sentaba admirablemente. Era un magnífico, bellísimo ejemplar. Estaba de pie a un lado del sillón que ocupaba otro de los personajes.

Éste era un sujeto completamente calvo, de reluciente cabeza cuadrada, sólida, granítica. Debía tener no menos de sesenta años y permanecía sentado muy erguido, con el cuello tenso, la cabeza inmóvil. Vestía un traje corriente. Una de sus manos se apoyaba en el puño de un bastón de color blanco… Entre el bastón y los lentes de cristales oscuros, la señorita Connors tuvo que comprender rápidamente: aquel hombre era ciego. Sus facciones, aunque muy pálidas, eran enérgicas y viriles. Su cuerpo era grande y sólido, de amplios hombros. Las manos grandes y hermosas, fuertes. Lástima.

El otro era el más humano de los tres, a juicio de Lili Connors. No era ciego, ni demasiado guapo, ni excesivamente atlético. Era un hombre de alrededor de cuarenta años, estatura corriente, ojos oscuros, expresión amable y algo cansada en aquel momento. Resultaba normal, agradable, casi simpático. Estaba sentado en una esquina del sofá, casi tumbado. Lili Connors tuvo la impresión de que aquel hombre sólo necesitaba tenderse en el sofá para quedar dormido como un leño en cuestión de segundos.

Incluso en menos segundos de los que necesitó Lili para captar la escena completa y fotografiar a los tres hombres en un velocísimo recorrido visual. Por su parte; el joven y bellísimo rubio, tras contemplarla atentamente, se inclinó hacia un oído del calvo y susurró unas palabras. El calvo sonrió.

—Me dicen, señorita Connors, que es usted una joven muy hermosa.

—Muchas gracias.

—No se merecen. Alex siempre dice la verdad, así que no debe agradecer sus palabras; que no son un elogio, sino una descripción. ¿En qué podemos servirla? Por lo que nos ha dicho Lucien, se trata de algo importantísimo.

—Bueno —sonrió Lili—. En realidad, es el truco que utilizo

siempre para ser recibida. Muchas personas, al no conocerme, optan por no recibirme, y ahí termina todo. —Por eso digo que es asunto importantísimo; y, cuando menos, me reciben.

—Es una treta interesante —sonrió el calvo—, aunque implica un cierto abuso de confianza. ¿Usted es, americana?

—Sí. No consigo ocultarlo, ¿verdad?

—Me temo que no —rió el calvo—. De todos modos, no habla mal el francés.

—Gracias. Usted es ciego.

—En efecto. ¿No me conoce usted, señorita Connors? Quiero decir, de antes.

—No… Lo siento, pero no.

—Bien… Soy Maximilian von Maxe, un pobre hombre retirado del mundanal ruido. A mi lado tiene usted a Axel, mi… Bien, no sé cómo describir a Axel, señorita Connors. Lo es todo para mí: mi lazarillo, mi amigo, mi acompañante, mi ayuda de cámara… Dudo mucho que un hijo se dedicase a mí con mayor interés y amor. En cuanto al caballero que está a punto de dormirse en el sofá, es el doctor Waltz, un querido amigo. Y ahora…

—¿Cómo sabe usted que está a punto de dormirse, si no puede verlo?

—La vista no es el único sentido que funciona bien, señorita Connors. Yo sólo necesito oír respirar a una persona para saber muchas cosas sobre ella. Y si habla, aún más. Luego están los olores, el modo de moverse, el ritmo de sus pisadas. El doctor Waltz ha sido muy amable al venir a traerme un recado, pero en cuanto le oí hablar comprendí que se estaba muriendo de sueño. ¿No, fue así, doctor?

—Pues sí —casi bostezó el doctor Waltz, pero esforzándose en sonreír a Lili— la verdad es que tengo mucho sueño. Lo cual es normal en una persona que lleva treinta y seis horas prácticamente seguidas trabajando, ¿no le parece?

—Santo cielo, ¡yo me habría quedado dormida sin remedio! —exclamó Lili.

—Sin embargo, es poco probable que usted se quede dormida —dijo Von Maxe—. Ha descansado bien, ha desayunado con buen apetito, es joven, sana, fuerte… Para usted, el día empieza ahora. Y como todos los días, procurará usted que sea productivo y feliz. Me

pregunto de qué modo puedo yo estar relacionado con su día, señorita Connors.

—Es usted un hombre extraño —exclamó la bella rubia—. ¡Muy penetrante, señor Maxe!

—Mi sentido de percepción no es igual que el de usted, pero eso no quiere decir que sea peor que el de usted. Estoy impaciente por saber qué desea de mí.

—¿Sólo viven ustedes tres en la casa? Bueno cuatro contando al criado, claro.

—Vivimos tres, puesto que el doctor Waltz no vive aquí. ¿Por qué lo pregunta?

—¿No hay nadie más en la casa?

—Que yo sepa, no.

—Pues es una lástima.

—No comprendo —alzó las cejas Max von Maxe.

—Quiero decir que es una lástima que una casa tan bonita y grande como ésta esté ocupada solamente por tres personas… Está usted tirando dinero por la ventana; señor Maxe.

—Oh… ¿Yo estoy haciendo esa tontería?

—Naturalmente. Si, usted deja su casa en nuestras manos, nosotros le sacaremos todo el partido posible. Podemos buscarle un hermoso apartamento en un sitio agradable. Incluso otra casa, pero más pequeña. Usted no sabe la cantidad de gente que pagaría lo que se le pidiese por esta casa, señor Maxe.

—Von Maxe —corrigió amablemente Axel, por fin—. Von Maxe, señorita Connors.

—¿No es lo mismo?

—No. Cuando al apellidó se le antepone von, es porque así debe ser. Si no le correspondiese…

—Déjalo, Axel —cortó suavemente Von Maxe—. Está claro que la señorita Connors no pretende en modo alguno molestarnos. Ni siquiera con eso de alquilar mi casa. Si no he entendido mal, señorita Connors, usted trabaja para o con alguien dedicados al alquiler de casas en Cannes, y…

—En toda la Rívíera, señor Von Maxe.

—Ah. Bueno, estoy seguro de que encontrará muchas casas para alquilar. En cuanto a la mía, no pienso hacerlo. Lo siento por usted.

—Obtendríamos…

—No, gracias ¿le ha enviado alguien aquí? ¿Alguien le ha dicho que quizá yo alquilaría la casa?

—No, no. Yo estoy recorriendo la costa ahora, en invierno, en busca de casas que vayan a estar disponibles para la temporada. Al ver la suya me ha gustado, eso es todo. Nuestra compañía ofrece las máximas garantías, y en cuanto, a los alquileres que conseguimos para nuestros clientes…

—Señorita Connors, por favor, no insista: no tengo en absoluto la intención de alquilar mí casa.

—Bien… Espero, no haberle molestado, señor Von Maxe.

—Claro que no. En realidad, prefiero haber sido víctima de su truco a que realmente hubiese ocurrido algo importante. Me aterran las novedades, los acontecimientos. Mi vida discurre monótona, y tranquila en esta casa y me alegra que vaya a seguir siendo así. Axel la acompañará a la puerta.

—Sí… Muy amable. Buenos días a todos.

—Adiós, señorita Connors.

Axel estaba junto a ella, mirándola con cortés amabilidad. El doctor Waltz se incorporó mientras Lili comenzaba a caminar hacia la puerta en pos del bello rubio.

—Axel, dile a Lucien que me pida un taxi ¿quieres? —Lili no dio tiempo a reaccionar a Axel, volviéndose rápidamente.

—¿Va usted a Cannes, doctor?

—Sí, por supuesto.

—Puedo llevarle con mucho gusto.

—No, de ninguna manera. Usted está trabajando y…

—Seguiré trabajando, —sonrió astutamente Lili Connors—. No sabe usted lo conveniente que resulta llegar a muchas casas recomendado por alguien.

—No comprendo —se desconcertó Waltz.

—Bueno, estoy segura de que usted tiene amigos, o pacientes que viven en casas como ésta, y quizá algunos sí están dispuestos a alquilarla. En ese caso, si me diese usted algunas direcciones y me autorizase a mencionarle…

Maximilian von Maxe soltó una carcajada, golpeando el suelo al mismo tiempo con la punta de su bastón.

—¡Increíble! —exclamó, sin dejar de reír—. ¡No puede usted negar que es americana, señorita Connors! Vea cómo están las

cosas: el doctor Waltz estaba tan cansado está mañana que se hizo traer aquí en un taxi. Y ahora pensaba pedir otro, para evitar el peligro de quedarse dormido al volante. Llega usted, capta la situación y en el acto decide acomodarla a sus futuros beneficios. ¡Eso es muy americano!

—Me parece que no me está usted elogiando —sonrió Lili.

—Pero, al menos, la admiro. En cuanto al buen Johann, será un tonto si no aprovecha la ocasión él también. Usted busca algo y él puede ahorrar el importe del taxi y el tener que esperarlo.

—Ya juego con eso —rió por fin—. Es usted muy simpático y perspicaz, señor Von Maxe. Y espero que el doctor Waltz sepa aprovechar la ocasión de ahorrarse dinero y esperas…

—Pues si —sonrió Waltz, conteniendo un bostezo—. Acepto encantado, señorita Connors. Pero no conozco a nadie que tenga intenciones de alquilar su casa.

—Hablaremos de eso en el camino… ¡Y ya verá como le refresco la memoria! ¡Adiós, señor Von Maxe!

—Adiós, señorita Connors —dijo de nuevo el ciego—. Si en alguna ocasión está aburrida y quiere tomar un trago con un pobre anciano ciego, pero que gusta de una conversación amplía. Será bien recibida.

—No lo olvidaré.

Poco después, observado desde la puerta por el bello Axel, el doctor Waltz y Lili Connors partían en el coche de ésta hacia Cannes.

—Es muy guapo Axel —dijo Lili—, pero parece un poco soso.

—Es muy discreto en general.

—Ya. El señor Von Maxe es simpático, en cambio. Y parece muy inteligente. ¿A qué se dedica?

—A nada. Tiene una modesta renta, por suerte pare él. Ser ciego ya es malo. Si, además, se es pobre, resulta pésimo.

—Sí claro. ¿Es usted oculista o algo así? Quiero decir que quizá esté usted intentando curarle la Ceguera, operarle.

—No se puede hacer nada por él. Ya se ha intentado todo, sin resultados. Aunque nunca hay que perder la esperanza claro. ¿Viaja usted sola señorita Connors?

—Casi siempre. Al principio, íbamos dos chicas pero no tardaron en surgir problemas, debido al reparto de comisiones. Así que dije

que no quería saber nada con mujeres. Entonces me colocaron como compañero a un hombre. Fue peor, porque se pasaba el día queriendo llevarme a la cama. Se volvió loco de remate, así que en cuanto pude lo deje plantado… Eso fue en Grecia hace dos años. Desde entonces, o me aceptan sola, o me busco otra empresa. ¿Dónde quiere que le deje?

—Si le va bien en el cruce del Boulevard
d’Alsace
y el de Strasbourg.

—Claro que me va bien… ¡Cielos, espero llegar antes de que se duerma usted en mi coche, doctor!

—Lo conseguirá —rió Waltz—. Realmente, es usted muy simpática señorita Connors. Estoy seguro de que debe hacer muy buenos negocios.

—No me va mal, lo admito. Aunque apuesto a que le va mejor a un médico. Usted tiene cara de matasanos listo. ¡Apuesto a que es alguien importante en Cannes!

—¿Importante? Soy conocido, supongo, pero nada más. Tengo una clínica y eso influye. Pero, ¿importante? No hay nadie importante en lugares como éste. Mejor dicho, hay tanta gente importante, que ser importante deja de tener importancia… ¿Me comprende?

—¡Claro que sí! —rió Lili—. Siga contándome cosas, siga… ¡Lo mejor para no dormirse es charlar! Hábleme de sus enfermos, por ejemplo… ¿O no puede hacerlo?

—No debo hacerlo —negó Waltz—. De todos modos, tengo la certeza de que usted puede contar muchas más anécdotas que yo.

—Algunas tengo, sí. A una chica que viaja sola por Europa le ocurren cosas verdaderamente curiosas. Por ejemplo, hace… sí, fue hace tres temporadas… Bueno, estuve en Portugal, concretamente en Sesimbra, donde pretendíamos promocionar unos apartamentos que…

Cuando llegaron al cruce indicado por Waltz, éste había perdido por completo el sueño y estaba tan encantado de la vida que ni siquiera se dio cuenta de que el coche se había detenido. Lili se quedó mirándolo sonriente y él respingó de pronto.

—¡Oh! Vaya, hemos llegado… Y lo siento de veras.

—Es usted muy amable.

—Y usted es encantadora. ¿Estará mucho tiempo en Cannes?

—¡Oh, no! —gimió ella, alzando los ojos—. ¡Una cita, no! Usted, no, doctor.

Johann Waltz se quedó mirándola y sonrió de mala gana.

—Comprendo. Y no quiero decepcionarla… Bien, señorita Connors, muchas gracias. Y adiós…

—¿De verdad no tiene ningún amigo que quiera alquilar su casa?

—No. Pero quizá encuentre alguno… ¿Puedo llamarla a algún sitio?

—Mmm… ¿Qué tal si yo le llamase a usted, en caso de que no consiguiese en Cannes mi cupo mínimo de inmuebles y apartamentos?

—Y… ¿Por qué no? Johann Waltz, estoy en la guía.

—Estupendo. Que duerma bien, doctor.

Le tendió la mano. Waltz la aceptó, vaciló y optó por salir del coche, sin más. Se volvió para saludar con la mano y estuvo contemplando el coche de Lili, mientras se alejaba. Luego se dirigió hacia su apartamento, muy cerca de allí, en el propio Boulevard de Strasbourg, francamente desilusionado.

—¡Que muchacha tan encantadora! Lástima que parece un poco escarmentada… Seguramente ha dejado de sentir interés por los hombres. Al menos, no ha demostrado mucho por mí. En fin…

Capítulo IV

El doctor Waltz se habría sorprendido si hubiese podido sorprender a la señorita Connors en su siguiente actividad. Había conducido de regreso a la Croisette, el popularísimo bulevar de Cannes y tras dejar su coche en el estacionamiento subterráneo cercano al puerto privado para yates, se dedicó a pasear, gozando del tibio sol de invierno, hasta que poco después de las once, entró en un elegante restaurante, donde pidió *Carré dagneau des Alpilles, Gratín aux fruíts de mer, Crépés au miel des Alpes* y un vino de Gassin.

También pidió un listín telefónico, éste con el ligero aperitivo. Localizó muy pronto a Waltz, Johann. Constaba en un número del Boulevard de Strasbourg, pero también en otra dirección, correspondiente a una clínica que; al parecer era de su propiedad. Una clínica dedicada a especialidades quirúrgicas del tórax. En cuanto a la dirección privada de Waltz, se indicaba que era cirujano. Cirujano del tórax.

—Del tórax —reflexionaba Lili Connors—. Entonces, no parece factible que estuviese con von Maxe para nada relacionado con la ceguera de éste. En cambio, Fernand Dijon-Vernes debió sufrir un colapso cardíaco en Fiumicino; así que tendría sentido que Waltz le estuviese atendiendo… Operándolo, quizá. Veamos… Supongamos que Fernand Dijon-Vernes está enfermo del corazón, pero que no quiere que su esposa lo sepa; entonces se viene a Cannes para ponerse en manos de Waltz, bien lejos de París, de modo que no es probable que su esposa sepa nada, con lo que le evita una preocupación; le dice que ha venido a Cannes por asuntos profesionales, y que está en casa de un amigo… Ese amigo es Von Maxe, cuya número telefónico facilita a su esposa, si bien a regañadientes. Von Maxe está siempre en casa. Y si recibe alguna llamada de *madame* Dijon-Vernes avisa inmediatamente a la clínica. Y Dijon-Vernes llama desde allí a su esposa. Eso explica la relación

Waltz-Von Maxe-Dijon. Todo es normal y corriente. Pero entonces, si Dijon-Vernes está enfermo del corazón… ¿qué hacía en Fiumicino, dispuesto a volar a Amsterdam? ¿Y quiénes eran los dos hombres que se lo llevaron? ¿Empleados de Waltz, que le vigilaban por si le ocurría algo? No, porque éstos sabrían que un hombre en las condiciones físicas de Dijon-Vernes precisa un médico cuando le sobreviene un infarto o colapso y no ser llevado a una avioneta… El riesgo de muerte en este caso es enorme… Realmente ¿qué es lo que estaba haciendo en Roma Dijon-Vernes y qué es lo que hace en Cannes…, si es que está en Cannes?

Cuando terminó de almorzar, la señorita Connors no había llegado a ninguna conclusión. Es decir, sí había llegado a una: le estaba dando demasiada importancia a un asunto que seguramente no la tenía y, a cambio de eso, estaba perdiendo días de permanencia en Villa Tartaruga.

Era absurdo lo que estaba haciendo.

Retuvo los números telefónicos en su prodigiosa memoria, devolvió el listín y se dedicó a almorzar plácidamente. Cuando terminó había tomado ya una decisión. Pagó la cuenta, salió del restaurante y buscó un teléfono público. Llamó a la clínica de Waltz.

—Clinique Cardiologique Waltz… ¡Hallo! —Atendieron la llamada en el acto; voz de mujer.

—Señorita, quisiera hablar con *monsieur* Dijon-Vernes —dijo la rubia Lili, en perfectísimo francés.

—¿Con *monsieur* Dijon-Vernes? ¿De parte de quien, por favor?

—Él no me conoce… Pero es urgente que le hable.

—Un momento, por favor… No se retire.

—Espero.

Así pues, en efecto, Dijon-Vernes estaba en la clínica de Waltz. Y eso era todo. En aquel momento, mientras esperaba, a Brigitte Montfort se le ocurrieron mil explicaciones sobre lo ocurrido en el aeropuerto Leonardo da Vinci, y comenzó a verse como una auténtica tonta; como la espía más tonta y desconfiada del mundo… que se dedicaba a perseguir fantasmas, mientras el hombre que amaba la estaba esperando en Villa…

—¿Sí? —Oyó la voz de hombre tensa.

—¿*Monsieur* Dijon-Vernes?

—Sí, sí… ¿Qué desea?

—En realidad nada, *Monsieur*.

—¿Quién es usted?

—Nadie, *monsieur*. Perdone la moles…

—Espere —la voz de hombre expresaba ahora una mal contenida angustia—. ¡Por favor, espere sea quien sea usted, señorita! ¡Tiene que ayudarme!

Brigitte, que estaba a punto de colgar el auricular, volvió a colocárselo pegado a la oreja, rápidamente.

—¿Ayudarle, *monsieur*? No comprendo…

—Escuche… No sé quién es usted, ni me importa… ¿Llama desde Cannes?

—Sí… En efecto, sí. Estoy en un teléfono público de Cannes.

—¿Tiene usted coche?

—Sí… sí.

—Señorita, no puedo hablar mucho, pues esto es una centralita, y en cualquier momento pueden optar por escuchar nuestra conversación. ¿Puede venir esta noche a la clínica, con su coche? No, entre en el recinto, sólo espéreme fuera; en la parte de atrás de los jardines… ¿Me conoce usted?

—¿Físicamente, quiere decir?

—Sí… Si.

—Le conozco, desde luego.

—Espero poder escapar, a partir de las nueve.

—¿Escapar? ¿De qué, *Monsieur*?

—¿Estará usted? ¡Por favor, señorita! ¿Estará allí con el coche? Si viese que hoy no salía antes de las doce, vuelva mañana… ¡Por favor, se lo suplico! Tiene que…

La espía se puso en el acto a la altura de las circunstancias; era evidente que Dijon-Vernes, había cambiado de conversación por algún motivo bien fundado.

—Sí, entiendo, Fernand —replicó—. Lo siento.

—No, no, querida, no estoy molesto, pero yo le facilité este número a Michel sólo para un caso de extrema urgencia, cuestión de vida o muerte. No has debido llamar. Y tu marido ha sido muy imprudente… A fin de cuentas, todo está hecho en beneficio de otros, no de mí.

—Está bien. Yo te llamaré dentro de unos días… Adiós. Saludos

a Michel.

—Sí, de tu parte… Adiós, Fernand.

Al otro lado colgaron el auricular. La rubia lo hizo lentamente, y se quedó contemplando, pensativa, el aparato, hasta que se dio cuenta de que fuera de la cabina un matrimonio de edad avanzada la observaba con expectación. Salió de la cabina, sonrió a los dos y se alejó hacia el mar. Se quedó mirándolo desde el paseo…

¿Y, bien?

¿Acaso no era ya demasiado tarde para olvidar todo aquel estúpido asunto?

* * *

A las nueve menos cinco minutas de la noche, la señorita Montfort detenía el coche detrás de la clínica. La señorita Montfort, no la señorita Connors. Es decir, que Brigitte aparecía bajo su verdadero aspecto, y ello debido a unas precauciones lógicas; si el doctor Waltz veía casualmente rondando su clínica a la rubia Lili, las cosas podían complicarse mucho para todos. Podía haber recurrido a la peluca pelirroja, pero también la desechó, pues si bien no le interesaba que Waltz la reconociese si llegaba a verla sí debía inspirar cierta confianza a Dijon-Vernes, y para ello era mejor aparecer bajo su verdadero aspecto, que él recordaría de Fiumicino, pues sin duda alguna, como todos los hombres, debía haberla visto por allí…

Así pues, Brigitte Montfort acudió a la cita a cara descubierta…, pero no a ciegas. Llevaba el maletín en el asiento de al lado, cerrado, pero preparado para sacar de él sus trucos, en cuanto llegase a necesitarlo. Y además, la pistolíta de cachas de madreperla la llevaba en el escote.

En la parte de atrás de la clínica había una tapia pintada de color ocre, por encima de la cual se veían los árboles del Jardín y que estaba rebasada por plantas trepadoras, que tomaban color lívido, debido a la iluminación que llegaba del edificio. Era de suponer que las intenciones de Dijon-Vernes consistían en saltar aquella tapia, pues de otro modo no tenía objeto que la hubiese citado allí.

Brigitte apagó las luces del coche y paró el motor. El silencio era

absoluto. Por delante de ella, y por el lado de la tapia, se veía el cercano resplandor de Cannes.

A las nueve y media, todavía no había ni rastro de Fernand Dijon-Vernes. Ni a las diez. Ni a las diez y media.

Fue poco después de las diez y media cuando de pronto, Brigitte le vio aparecer en lo alto de la tapia, agarrándose a las plantas trepadoras. Estuvo tentada de salir del coche, pero se contuvo. Estuvo mirando fijamente unos segundos a Dijon-Vernes, mientras éste acababa de remontar la tapia, y luego se descolgaba hasta el suelo. Iba en pijama.

—Cuando comenzó a correr hacia el coche, Brigitte se dio cuenta de que cojeaba ligeramente. Dijon volvía la cabeza hacia atrás, con lo que tropezaba continuamente. Brigitte miraba ahora a todos lados, pero no veía a nadie más que a Dijon-Vernes, cuyo rostro destacaba, palidísimo, en la oscuridad.

Era él; desde luego.

Brigitte puso en marcha el motor del coche… El coche que Waltz podía identificar como el de Lili Connors, si se había fijado en la matrícula. Pero… ¿era esto factible? El doctor Waltz, simplemente, había subido a un coche, del cuál no debía recordar ni siquiera el modelo. Pero si recordaba esto, había muchos modelos como aquél. A menos que se hubiese fijado en la matrícula, no podría relacionar a Lili Connors con Brigitte Montfort, es decir, con la hermosa y elegante mujer que estaba viendo llegar al jadeante Dijon-Vernes.

Éste entró en la parte de atrás del coche, dejándose caer sin aliento en el asiento, y haciendo señas hacia delante. Brigitte arrancó suavemente, sin encender las luces. Desde la relativa oscuridad del arbolado salió al camino que le llevaría a la Avenue Victoria. No tenía por que pasar por delante de la clínica, otra vez. Llegaría al cruce, bajaría hasta Boulevard Carnot, y de allí directos hacia el centro de Cannes…

Por el espejo retrovisor veía el rostro de Dijon, blanco como pocos rostros había visto en su vida. Y de pronto le vio adelantarse, y en el acto notó el contacto duro y frío de una pistola en la nuca.

—Frene —ordenó Dijon-Vernes—. Frené ahora mismo.

Brigitte se estremeció. No, por el frío de la pistola, ni por la sorpresa de que Dijon la tuviese; a pesar de que ella no la había visto en sus manos ni había percibido bulto alguno en el pijama,

sino por el sonido de la voz del hombre… Aquella voz no era la misma que ella había oído por teléfono aquella tarde.

—¿No era usted quien habló conmigo está tarde? —preguntó.

—No. Lo siento, pero le tendieron una trampa… ¡Y yo no tengo más remedio que colaborar!

—¿Pero no voluntariamente?

—No… Le juro que no. —¡Pero debo hacerlo! ¡Frene!

—Desde luego.

Brigitte Montfort frenó. Vaya si frenó.

Metió el pie hasta el fondo, con un golpe seco, fortísimo. El coche quedó clavado todavía en el camino, y fue inevitable que Dijon-Vernes saliese despedido violentamente hacia delante, mientras, Brigitte se echaba hacia un lado del asiento. Dijon-Vernes pasó por encima del respaldo, y se golpeó la cara contra el volante, rebotando y cayendo de lado encima de Brigitte.

La capacidad de lucha era bien diferente entre ambos, y la espía lo comprendió al instante, pero al mismo tiempo captó el desespero de Dijon; un desespero que convertía a aquel hombre en un ser capaz de todo. Así pues, lo primero que hizo fue aferrar con ambas manos la muñeca derecha del francés y desviarla hacia un lado… La primera bala dio en el techo, rebotó, y se clavó en el asiento delantero derecho, pasando a menos de dos centímetros de la sien izquierda de Brigitte, mientras el disparo retumbaba en el interior del coche y, acto seguido, la voz de la espía:

—¡No sea loco! ¡No vuelva a disp…!

Retumbó el segundo disparo, los gases de la combustión dieron en el rostro de Brigitte, y la bala fue hacia el fondo del coche, donde estaban los pedales de los mandos; allí rebotó como una pelota de goma en el interior de una campana, hasta que la bala perdió completamente la fuerza… Por encima de ella, Brigitte tenía al jadeante, enloquecido Dijon-Vernes, que no parecía dispuesto a atender razones. Sabía que él no pensaba dejar de disparar, y que cada vez el riesgo era mayor para ella, así que retiró una mano de la muñeca de Dijon, y se dispuso a golpearle en un lado de la cabeza, para abatirle sin sentido. Dijon-Vernes vio este gesto y quiso esquivar el golpe, encogiéndose al mismo tiempo que volvía a disparar.

El aullido que lanzó hizo retemblar el coche y perforó los oídos

de Brigitte… Se quedó mirando a Dijon, encima de ella; él tenía los ojos muy abiertos, el rostro descompuesto en una mueca de dolor. De pronto, su cabeza cayó blandamente y todo él se derrumbó sobre Brigitte, que giró a la derecha de modo que el cuerpo de Dijon cayó hacia delante, entre el borde del asiento y los bajos del coche…

—¡Quieta!

Brigitte forzó la cabeza hacia atrás, alzando mucho las cejas, y vio ante sus ojos otra pistola, apuntándole firmemente al centro del rostro. Encima de la pistola, el rostro de un hombre, que veía al revés.

—Recoge la pistola de él —oyó otra voz.

Sonaba en la portezuela delantera izquierda. Alzó un poco la cabeza y vio al otro hombre, también apuntándola. Le reconoció en el acto. Y él a ella, desde luego, porque exclamó:

—¡Es la del aeropuerto de Roma!

El otro, que había quitado ya la pistola de los dedos de Dijon-Vernes, masculló:

—¿La de dónde…?

—¡La tía buena de Fiumicino, hombre! ¿No la recuerdas? ¡La morena a la que de buena gana los dos nos hubiésemos dedicado…! ¡La de los ojos azules!

Una mano agarró a Brigitte por los cabellos, obligándola dolorosamente a volver la cabeza, de modo que el hombre que estaba detrás de ella pudo verle mejor las facciones.

—Es cierto… ¿Y qué hace aquí?

—¿Cómo demonios quieres que lo sepa? Venga, que salga por ahí, y que te ayude a colocar a Dijon en el asiento de atrás. Tenemos que marcharnos.

—Usted, salga del coche —ordenó el de atrás. Brigitte Montfort obedeció.

El que estaba en aquel lado del coche le ordenó que colocará las manos sobre el techo de éste, y se dedicó a registrarla, manoseándola descaradamente por todas partes, con el resultado de que encontró la pistolita de cachas de madreperla entre los senos.

—Que pechos más ricos tiene, Roger —informó a su compañero —. Espero que sabremos aprovecharnos de eso.

El otro, que estaba dentro del coche, colocando bien a Dijon-Vernes, parecía preocupado. Su acento era netamente francés, no

como su compañero, que a Brigitte le pareció italiano.

—Dijon está herido —dijo el tal Roger—. Quizá deberíamos llevarle dentro para que le curen.

—No. Ya sabes que hay que llevarle lejos de aquí, mientras ahí dentro arreglan las cosas de modo que parezca que nunca ha estado en esa clínica. Si ésta lo ha encontrado, tiene que decirnos cómo, y quién es ella, y por qué llamó a Dijon… Pero, mientras tanto, hay que llevarle bien lejos. Mejor dicho…

—Está bien, está bien, ya sé. Metedlo atrás. Con cuidado, Paolo.

—Tú, Tetalinda —le dio un manotazo en las nalgas Paolo a Brigitte—, ayúdame a mover a Dijon. Y luego iremos los tres en el asiento de atrás, y Roger nos llevará a un sitio muy tranquilo. Y si intentas dártela de lista, piensa que te voy a llenar los pechos de plomo. ¿Está claro?

—Sí, señor.—

—No te hagas la mansa, tía zorra —sonrió Paolo—. A mi no me la pegas. Las tías que llevan una pistola entre las tetas, no son de fiar, así que menos cuento y ojo con lo que haces. Vamos, mueve el asiento, potranca…

Le volvió a dar un manotazo, y Brigitte Montfort se dispuso a obedecer todo lo mansamente que ellos quisieran.

De todas maneras, bajaron por el Boulevard Carnot hasta el de Alsace, y continuaron por éste hasta su conexión con Avenide d’Antibes,
por lo que Brigitte comenzó a ratificarse en su primera impresión, que le había parecido descabellada: iban hacia el chalé del ciego. Cuando menos, iban en esa dirección.

Viajaban en silencio. Roger conducía el coche. En el asiento de atrás iban Dijon-Vernes, en el extremo del asiento a la izquierda de Brigitte, ésta en el centro y Paolo a su derecha, con la pistola en la mano… En la mano derecha. Con la izquierda, frecuentemente acariciaba las formas de Brigitte, que permanecía impávida, ajena al manoseo y a la cada vez más lúbrica sonrisa del italiano:

La jugada que le habían hecho ya estaba clara en su mente: al llamar ella, preguntando por Dijon-Vernes, había asustado al personal de la clínica, por la sencilla razón de que nadie tenía que saber que *monsieur* Dijon estaba allí. Y en lugar de comunicarla con él se había puesto otra persona, que le había tendido la trampa…

Querían capturarla para interrogarla respecto a quien era, cómo sabía que Dijon-Vernes estaba en la clínica, qué quería de él…

Y luego, habían obligado a Dijon-Vernes a seguir el juego. Le habían entregado una pistola y le habían dado instrucciones: debía simular escapar, entrar en el coche, y amenazar a la mujer que le estaría esperando de modo que podrían capturarla viva. En cuanto a Dijon-Vernes, parecía extraordinariamente asustado y a Brigitte le había parecido sincero al decir que actuaba obligado, que no tenía más remedio que obedecer. Sí, seguramente, había llevado el arma en un muslo, adherida allí con esparadrapo, igual que solía hacer ella misma en muchas ocasiones.

Conocía bien las características de sujetos como Roger y Paolo, así que no se explicaba que relación podía tener Dijon-Vernes con aquella clase de tipos. ¿Y la clínica? ¿Tenía algún significado la clínica? Quizá sí, considerando que Dijon-Vernes parecía haber sufrido un colapso cardíaco en Fiumicino…

Le miró, volviendo ligeramente la cabeza. Permanecía inmóvil, con los ojos abiertos. Muy abiertos, fijos, inexpresivos. La bala que él mismo había disparado había penetrado en su vientre. Brigitte había visto la herida, es decir, la mancha de sangre, pero tan sólo con esto no pudo valorar la importancia de la herida. Ahora sí pudo valorarla.

Estaban ya circulando por Avenue d'Antibes, y las luces del alumbrado público y las de algunos coches o anuncios luminosos se reflejaban en el rígido e inmóvil rostro de Fernand Dijon-Vernes. Demasiado rígido. Demasiado inmóvil.

Brigitte movió una mano, acercándola al cuello de Dijon, pero Paolo le obligó a detenerse en seco:

—¡Quieta, tú! ¿Qué pretendes?

—Sólo quería tocar a *monsieur* Dijon-Vernes. Me parece que está muerto.

—¡No digas tonterías!

—Bueno —encogió los hombros Brigitte.

—Asegúrate, maldito seas —gruñó Roger—. ¿Estás loco?

—Tienes razón —admitió Paolo—. A ver, Tetalinda, dinos si Dijon está vivo o muerto.

Brigitte puso dos dedos en la carótida de Fernand Dijon-Vernes.

No tuvo que esforzarse demasiado en ninguna clase de examen, ya que apenas tocarlo lo notó ligeramente frío.

—Está muerto —dijo—. Ya se le nota un poco frío.

—¿Se le nota frío? —aulló Paolo—. ¡Roger, tenemos que…!

—Tranquilo —dijo con voz tensa Roger, que por su parte no lo parecía tanto cómo recomendaba—. Pronto saldremos a la carretera.

—¡Date prisa! ¡Maldita sea tu estampa, ve más deprisa!

Brigitte miraba de uno a otro sin comprender. ¿A qué venía ahora tanta prisa? ¿Era debido a que Dijon-Vernes había muerto? ¿Qué importancia podía tener eso? Es decir, para aquella gente, ya que para la familia de *monsieur* Dijon-Vernes sí tendría importancia el deceso, sin duda alguna. Brigitte recordó a la amable y todavía atractiva *madame* Dijon-Vernes, y se sintió apesadumbrada. Pero, a fin de cuentas, no sabía nada de nada, no entendía de que iba aquel asunto. Puestos a no entender, Brigitte ni siquiera sabía si Dijon-Vernes merecía o no merecía estar muerto…

—Date prisa —mascullaba Paolo—. ¡Maldito seas Roger; pareces una tortuga!

—¡No podemos correr más por la ciudad, sería peor! Déjame a mí, ya verás como llegamos a tiempo…

¿Llegamos adónde? —se preguntó Brigitte—. ¿A tiempo de qué?

Salieron por fin de la ciudad y Roger aumentó la velocidad de la marcha. A su derecha comenzó a verse la oscuridad brillante del mar. La luna, en cuarto menguante, trazaba como una rota cuchillada de plata en el agua.

—¡Aquí mismo! —gritó Paolo—. ¡Para aquí mismo!

Roger frenó, quedando pegado al borde derecho de la carretera y volvió la cabeza.

—¡Vamos, echadlo fuera de una vez! —exclamó.

Brigitte estaba desconcertada. Paolo la empujó.

—¡Ya has oído, abre la portezuela y empuja fuera del coche a Dijon!

—Pero va a quedar en medio de la carretera…

—¡Haz lo que te digo!

—Sí… Sí.

La divina espía se inclinó, de modo que su torso quedó sobre las rodillas de Dijon-Vernes. Localizó el cierre de la portezuela, lo

accionó, empujó la puerta y se volvió a erguir. Agarró al muerto por la ropa del pecho y dio un tirón… La tela se rasgó.

—¡Qué estás haciendo! —chilló poco menos que histérico Paolo —. ¡Vamos, vamos, sácalo del coche de una maldita vez!

—No…, no puedo… Está como… como clavado al asiento, y no puedo… moverlo…

—¡Quieta; idiota, esto se hace…!

Tal como Brigitte había previsto, de acuerdo al creciente nerviosismo de Paolo, éste olvidó que debía vigilarla a ella para concentrarse en aquello que parecía tan importante, sacar del coche a Dijon-Vernes. Para hacer esto, y queriendo demostrarle a Brigitte cómo se hacía, apartó rudamente a la espía contra el asiento, y él se colocó de lado, agarrando a Dijon-Vernes por un brazo.

No tuvo tiempo de más.

Y ni siquiera supo que ocurrió realmente.

Sólo supo que, de pronto, notó como un lanzazo en el bajo vientre. Sí, fue exactamente igual que si una aguda lanza se hundiese entre sus ingles. Sintió tal, dolor que quedó petrificado, lívido, con el rostro desencajado, la boca abierta… Mientras Brigitte, tras, propinarle aquel bajo *atemi* en los testículos, le arrebataba la pistola velozmente y apuntaba con ella a Roger, que no había tenido tiempo ni de respingar.

—Quieto —ordenó—. A partir de ahora haremos las cosas a mi manera, así que ponga el coche en marcha y volvamos a Cannes.

—¡No! ¡Lo primero de todo es sacar del coche a Dijon!

—¿Por qué?

—¡Hay que hacerlo, le juro que hay que hacerlo inmediatamente, ya está enfriándose demasiado…!

Paolo había empezado a moverse y Brigitte lo derribó de lado sobre su regazo, de tal modo que, tras pasarse velozmente la pistola a la mano izquierda, rodeó con el brazo derecho el cuello del italiano.

—Quieto, o le rompo el cuello —dijo secamente—. Le aseguro que puedo hacerlo en un segundo. Y usted, ponga en marcha el coche.

Al lejano resplandor de las luces de Cannes, Brigitte vio la desesperada expresión de Roger, un instante antes de que éste se volviese hacia el volante y diese el encendido del motor. El coche,

comenzó a rodar de nuevo, pegado al borde de la carretera. A la derecha, el árido paisaje descendía abruptamente hacia el mar.

—¡Vamos a volar en pedazos! —aulló Paolo.

—¿Qué…?

Brigitte desvió un instante la atención de Roger, para mirar a Paolo, cuya cabeza seguía controlando por medio de la férrea presa en el cuello. Y todavía estaba ella moviendo la cabeza, todavía estaba el grito en el aire, cuando Roger empujó, su portezuela y saltó a la carretera, sin la menor vacilación. Inmediatamente, el coche se desvió hacia la derecha, las ruedas de este lado salieron de la carretera, el vehículo se ladeó… El volante giró más, por fortuna evitando así que el coche volcase; en cambio, acabó de salir de la carretera, apuntando el morro casi directamente al mar, allá abajo, al final de la inclinada pendiente de peñas y matojos.

Brigitte tiró la pistola de Paolo por la ventanilla; apartó al italiano de un empujón y saltó al asiento delantero; agarrando el volante con ambas manos, mientras miraba con ojos desorbitados hacia el mar. El coche daba unos saltos tremendos hacia arriba y hacia los lados, y la inestabilidad en su interior era tal que la divina espía ni siquiera podía acertar con el pie el pedal del freno. Su cabeza chocó contra el techo del vehículo, contra el montante de la ventanilla, de nuevo contra el techo…

Detrás de ella, Paolo se había agarrado como pudo a la portezuela derecha, consiguió abrirla, y saltó al exterior, sin más complicaciones. Debido a los saltos del coche salió disparado hacia arriba y fue a caer de espaldas sobre una enorme piedra. Emitió un gemido y se quedó allí, inmóvil, como un muñeco roto.

Desde el borde de la carretera, Roger que se sujetaba la rodilla derecha con la mano, había contemplado la escena, y un segundo más tarde vio salir también despedido del interior del coche el cadáver de Fernand Dijon-Vernes. Con los ojos casi fuera de las órbitas, se quedó mirando el cadáver… hasta que el chapoteo del coche al caer en el agua le hizo mirar hacia allí. Por un instante, pareció que el coche fuese a quedar flotando, pero no fue así. La parte delantera se hundió, y tras ella fue el resto del coche, en velocísimo hundimiento.

No pasaba ningún coche en aquel momento por la carretera, ni procedente de Niza, ni en dirección a esta ciudad, procedente de

Cannes. Sólo se oía el rumor del mar.

Y por encima de este rumor, Roger oyó el gemido agudo y prolongado de Paolo. Miró hacia el cadáver de Fernand Dijon-Vernes, vaciló y de súbito se lanzó ladera abajo, saltando entre las peñas. Llegó junto a Paolo y le alzó la cabeza.

—¡Paolo!… ¡Paolo!

Sin gran esfuerzo, Roger se cargó a su compañero doblado en un hombro, y emprendió el regreso hacia la carretera, soportando con rabia el dolor de la rodilla que se había lastimado al saltar del coche. Seguramente aquello no sería nada y, en cambio, si dejaba a Paolo allí…

Preocupado solamente por su compañero, vuelto de espaldas al mar en la penosa escalada hacia la carretera, Roger no pudo ver la forma que aparecía en la superficie del mar, bastante cerca de donde se había hundido el coche. Ni la vio desplazarse sobre el agua hacia la costa rocosa. Cuando llegó arriba y hubiese podido mirar, ya no le habría servido de nada porque Brigitte Montfort había llegado ya a las primeras rocas y tras colocar sobre una de ellas el maletín rescatado, se aferró con ambas manos, dispuesta a salir del agua, cuya frialdad la estaba paralizando. Estaba escalando la roca cuando oyó la voz de Roger, lejana… Un privilegió de su finísimo oído, eso era todo.

—Paolo ¡Paolo, tienes que caminar! ¡Vamos, tienes que hacerlo!

Brigitte salió del agua y quedó sobre la roca, encogida. Había recuperado el maletín, pero no el abrigo…, que, por otro lado, mojado no le habría servido de nada, y además no contenía como el maletín toda una serie de cosas útiles, empezando por dinero y, terminando por varios pasaportes que siempre le habían sido muy útiles. Mientras contemplaba a los dos hombres, Brigitte comenzó a tiritar, con violentos chasquidos de dientes. Pero si se dejaba ver, Roger, que todavía debía tener su pistola, dispararía contra ella, sin duda alguna.

Pero no.

Paolo estaba ya de pie y los dos hombres se alejaban vacilantes, con ritmo de urgencia, a trompicones. Brigitte se movió para salir de las rocas… y entonces vio el cadáver de Fernand Dijon-Vernes, caído de bruces entre unas pequeñas rocas; iluminado por la luna.

Y en el mismo instante en que lo veía; el cadáver del francés

explotaba.

Fue un estampido potente, pero sordo, como contenido, que hizo saltar el cuerpo de Fernand Dijon-Vernes en un millón de pedazos…, algunos de los cuales fueron a dar, como manchas calientes, viscosas, estremecedoras, en el rostro de la espía internacional.

—Por dios…

Donde había estado el cadáver de Dijon-Vernes no quedaba nada. Sólo un agujero, de dónde habían sido arrancadas peñas, arbustos y tierra. En el borde de la carretera, Paolo y Roger corrían todo cuanto podían, alejándose.

Y la señorita Montfort, petrificada de asombro, horror y frío, no tardó ni un par de segundos en comprender que no tardando mucho algunas personas tendrían que aparecer por allí para saber lo que había ocurrido…

* * *

—… Y eso fue todo lo que ocurrió —terminó Roger.

Tomó la copa de coñac y bebió un trago. Junto a él, en el sofá, estaba tendido de bruces Paolo. Inclinado sobre éste, Johann Waltz terminaba su reconocimiento de la espalda del italiano. Sentado en un sillón, estaba Maximilian von Maxe, inmóvil. Había escuchado, en completo silencio, las explicaciones de Roger. Junto a von Maxe, el bello y atlético Axel aparecía impávido, El silencio fue notable cuando Roger terminó su explicación. Era como si en la biblioteca no hubiese nadie. Por fin, habló Von Maxe.

—Es decir, que no sabemos quién era esa mujer, de dónde salió, ni cómo sabía que. Dijon había sido internado en la clínica, ni por qué estaba en el Leonardo da Vinci cuando Dijon tuvo el desvanecimiento en momento tan inoportuno… ¡No sabemos nada de nada!

—Sólo que está muerta —dijo Roger—. Seguramente, encontrarán mañana mismo el coche y el cadáver y si la policía identifica a la mujer, sabremos algo que pueda orientarnos. De todos modos, *herr*, yo me atrevo a asegurar que ella estaba sola. Una mujer como ésa, o bien actúa por su cuenta, pues tiene agallas para eso y más, como me parece que era el caso de Tetalinda, o

bien desde el primer momento se asegura de que nada va a ocurrirle, haciéndose respaldar por compañeros.

—No sé —Von Maxe seguía rígido, como si fuese de madera—. Me inquieta que llamase por teléfono a Dijon-Vernes a la clínica.

—Le apretamos las clavijas a él… Juró y rejuró que no le había dicho a nadie dónde estaba. No tenía ni idea de quién podía ser esa mujer y desde luego, aceptó tomar parte en la trampa.

—Esa mujer tuvo que obtener la información de alguna parte, y no podemos dudar que sentía determinado interés por Dijon-Vernes. Todo esto no puede ser casualidad. Sencillamente, Dijon-Vernes pudo informar del teléfono de la clínica a esa mujer…, o a otras personas, que enviaron a esa mujer.

—¿Cómo habría de hacerlo? —refunfuñó Waltz, dando una palmada en la espalda de Paolo, y sentándose en un extremo del sofá—. Se le permitía telefonear a su casa de París para que toda su familia estuviese tranquila, pero siempre había alguien vigilándole y sabemos que nunca dio información alguna.

—Pudo hacerlo de un modo más o menos velado. O quizá pudo llamar en un momento en que nadie le vigilase. Sea como sea, todos tenéis que admitir que Dijon-Vernes dejó un rastro que siguió una mujer que ni él mismo conocía. La situación no es nada tranquilizadora. Y no podremos estar tranquilos hasta que sepamos quién era la mujer y de dónde obtuvo la pista para localizar a Dijon-Vernes y qué quería de él. Pero podéis estar seguros de que, fuera como fuese, quizá en voz baja ante nuestras propias narices, Dijon-Vernes informó a alguien de su paradero. Si conseguimos saber a quién informó, podremos hacer algo, intentar arreglar las cosas. De lo contrario…, tendremos; que estar muy alertas y no complicarnos mucho la vida por el momento. ¿Estás de acuerdo, Johann?

—Sí —tuvo que admitir Waltz—. Así están las cosas, por el momento.

—Y mi espalda… ¿cómo está? —preguntó Paolo.

—Está bien. No tienes nada roto… Fuertes magulladuras, y por supuesto, hematosis, pero nada importante. Pudiste haberte roto la espalda, desde luego.

—Todavía no estoy seguro de que la tengo entera —sonrió el italiano de pronto, su gesto se ensombreció—. ¡Aquella puerca no era una cualquiera, se lo aseguro! Cuando me agarro por el cuello,

lo hizo de tal modo que sólo con que, hubiese intentado soltarme, me lo habría roto. Y el golpe que me dio en los cojones fue de auténtica malaleche. Sabía cómo pegar, lo juro.

—Pues ya no sabe nada, —dijo Roger.

Ojalá todo haya terminado con su muerte —musitó Von Maxe—. Mientras tanto, todo están siendo contratiempos para liquidar al ministro holandés.

—La culpa la ha tenido Dijon-Vernes —encogió los hombros el doctor Waltz—. Aunque la verdad, no se le puede culpar demasiado por haber tenido un desvanecimiento de miedo en el Leonardo da Vinci, Max. Me pregunto si cualquiera de nosotros tendría valor para hacer lo que los exigimos a nuestros muñecos.

—Verdaderamente —palideció Roger—, y como diría Paolo, hace falta tener cojones para realizar una cosa así. A mí tampoco, me extraña que Dijon se desvaneciese de puro miedo. Cuándo lo llevábamos en el coche hacia el otro aeropuerto, se recuperó. Dijo que, simplemente había tenido tanto miedo que se había desmayado. ¿Qué podíamos hacer…? Ya no podía tomar el avión y desde luego no podíamos permitir que le examinase ningún médico.

—Nadie os ha censurado nada —frunció el ceño Waltz.

—Lo que quiero decir es que los muñecos deberían ser más cuidadosamente elegidos —vaciló Roger—, porque si no, nos encontraremos muchas veces con casos como el de Dijon, que, al llegar el momento de la verdad, se desmayarán de miedo.

—Otras veces nos ha salido bien —replicó secamente Von Maxe —. Pero, en efecto, todo es cuestión de elegir bien los muñecos. Y de no dejarse sorprender por una mujer.

—En eso la culpa fue mía —refunfuñó Paolo—. Pero es que la cachonda aquella…

—Basta —cortó Max von Maxe—. Vamos a estar un par de días a la expectativa, eso es todo. Si no ocurre nada, seguiremos adelante con lo del ministro holandés. Aunque en esta ocasión lo voy a hacer de otro modo: esta misma noche, Axel va a llamar a París.

—¡A París…! —bufó Johann Waltz—. ¡No me digas que vas a recurrir otra vez a los viejos métodos, Max!

—Pues, en ocasiones, no hay más remedio. De todos modos, no hay prisa, así que Axel llamará a París, pero no tomaré decisión

alguna con los hombres que lleguen hasta dentro de un par de días y por supuesto, si los acontecimientos nos demuestran que podemos estar tranquilos, seguiremos jugando con los muñecos. ¿Cuántos tienes disponibles, Johann?

—En este momento, tres.

—Más que suficientes…, si no se desmayan, como hizo el cobarde de Dijon-Vernes. Bien, creo que no tenemos nada más que hablar. Volved a la clínica… Y mucho cuidado.

Poco después, Waltz, Paolo y Roger emprendían el regreso a la clínica, en el coche del médico. Dentro de la casa, en la biblioteca, Max von Maxe y Axel permanecían en silencio. Hasta que Von Maxe suspiró y dijo:

—Bien, ya no podremos tener aquí a esa mujer, para saber lo que nos interesaba. Vámonos a dormir, Axel.

—¿No quieres qué proyecte antes algunas películas? —ofreció el bello Axel.

—No. Me imagino que estás algo fatigado, y no quiero cansarte más, obligándote a dar tantas descripciones.

—No me importa hacerlo, Max.

—Lo sé, querido. Pero lo dejaremos para otro momento. Ya es muy tarde.

—Si quieres, puedo poner la reproducción de los lamentos nada más.

—No, no, no… Vámonos a dormir.

Maximilian von Maxe se puso en pie y se dirigió hacia la puerta, sin la menor vacilación y sin tan siquiera utilizar el bastón para tantear el terreno.

—Cualquiera que te viese —rió Axel—, pensaría que no eres ciego, Max.

Capítulo V

Solamente un ciego no habría visto a la hermosísima rubia de ojos verdes que aquella tarde entró en el café Lepille, en el Boulevard de Strasbourg. Unos ojos verdes grandes, límpidos, relucientes, que miraban a todos lados, evidentemente en busca de alguien.

Sentado en uno de los taburetes ante el mostrador, Johann Waltz, que estaba doblando el periódico que había leído por encima, mientras tomaba un café, la vio también; Se quedó mirándola como quien ve visiones, pero reaccionó en seguida, alzando un brazo.

—¡Señorita Connors! —llamó.

Más que oír la voz, ella vio el gesto. Se acercó a él, sonriendo, pero todavía dirigiendo otro vistazo a su alrededor. Lo miró a él cuando llegaba a su lado.

—Hola, doctor —saludó con tono de fatiga—. ¿Es una casualidad?

—¿El qué? —se sorprendió Waltz.

—Su presencia aquí.

—Pues no —parpadeó Waltz—. Desde luego que no es una casualidad. Acostumbro venir aquí casi todas las tardes; antes de ir a mi clínica. La mayoría de las veces ceno en mi apartamento, pero bajo aquí a tomar café y a echar un vistazo al periódico.

—Ah, sí, ahora recuerdo que vive usted por aquí cerca. Al menos, ésa fue la impresión que me dio ayer, cuando le dejé en la esquina… ¿Me invita a algo?

Lili Connors se sentó en el taburete contiguo, mientras Johann Waltz asentía, con expresión encantada.

—Naturalmente que sí. ¿Qué quiere tomar?

—*Whisky*.

—*¿Whisky?*

—Así es. Estoy tan furiosa, que necesito algo fuerte. De todos

modos, le pondremos un poco de hielo.

—Muy bien —Waltz encargó al camarero un whisky con hielo y volvió a mirar sonriente a la bella Lili—. ¿Por qué está furiosa?

—En Cannes, la gente parece tomarse a broma eso de alquilar su apartamento, su chalecito o su villa… Nadie quiere saber nada de eso. Y los que quieren saber algo, ya tienen la situación arreglada.

—Bueno, realmente la Costa Azul no es precisamente un sitio apto para grandes descubrimientos turísticos. Todo está ya muy explotado. Además, quizá ha venido usted en mala época.

—¿Mala época? ¿Por qué?

—Acaba de pasar la Navidad y se acerca Año Nuevo. Por estas fechas hay bastante gente aquí; y se encuentran muy a gusto, ya qué hay festejos, fuegos artificiales en el casino de Palm Beach, reuniones sociales… No es momento propicio para pensar en los negocios.

Lili Connors quedó pensativa, contemplando el vaso con unos cubitos de hielo en el que el camarero estaba escanciando whisky.

—Quizá tenga usted razón. En fin, vamos a ver si en mi siguiente entrevista tengo más suerte.

—¿Está citada aquí con alguien?

—Así es. Un tipo que trabaja en una de las villas que he visitado esta mañana. Me dijo que quizá me encontrase algo interesante si había una aceptable comisión por medio… ¡Nadie hace nada por nada!

—Lamentable, pero cierto —asintió Waltz—. ¿Ha cenado usted ya?

—Claro que no. Y no me diga que es muy tarde, porque ya lo sé.

—Más que nada, estaba, pensando que quizá sea demasiado whisky, si no ha cenado.

—Tengo un estómago de hierro —Lili bebió otro trago y miró de nuevo su relojito—. Pero cuando me pongo nerviosa, parece que sea de mantequilla. Una de las cosas que realmente me molestan en la vida es que la gente no sea puntual… ¿Y qué hace usted aquí, doctor? ¿Espera a alguien?

—Ya se lo he dicho —sonrió Waltz—: he cenado en mi apartamento y como casi siempre, he venido aquí a tomar café y a leer el periódico, antes de ir a la clínica.

—Sí, sí, es cierto, lo ha dicho… Es una lástima que ya haya

cenado, porque si no lo hubiese hecho, podría invitarme. Y digo esto porque me parece que el tal Benoit se va a quedar sin entrevista. ¡Al demonio todos, estoy harta de ir de un lado para otro y de escuchar tonterías! ¿Conoce algún sitio agradable donde se pueda cenar en paz y con posibilidades de probar algo que haga honor a la cocina francesa?

—Bueno, hay un sitio realmente interesante arriba del Boulevard Carnot. Se llama L'Age d'Or. Es un lugar agradable, acogedor, de buen tono, pero sin complicaciones… Un poco caro, pero me gustaría invitarla.

Lili se quedó mirando, sorprendida, a Waltz.

—¿Invitarme? ¿No dice que ya ha cenado?

—Puedo tomar café de nuevo mientras usted cena. Tomar café y contemplarla será suficiente.

—Muy amable —rió Lili—. ¿Y la clínica?

—Oh, puedo dejar de acudir y todo seguirá su buena marcha.

—Ya —chispearon maliciosamente los ojos de Lili—. Es usted todo un granujilla, doctor. Pero olvídelo. Los negocios son los negocios y aunque me fastidie, tengo que esperar a *monsieur* Benoit. Sólo que si tarda mucho más…

—La paciencia es una virtud que todos deberíamos ejercitar —sonrió suavemente Waltz—. En mi opinión, usted es demasiado… temperamental.

—¿Y eso es malo?

—Mmmm… No es bueno, desde luego. Hay que saber tomarse las cosas con calma; lo contrario perjudica a nuestra digestión, nuestros nervios, el corazón… Me parece que la están llamando.

—¿A mí?

Lili miró a todos lados, pero sólo vio quien la llamaba cuando Waltz, tras tocarla en un brazo y reclamar su atención, señaló hacia el fondo del largo mostrador, donde uno de los camareros tenía el auricular del teléfono en la mano y la estaba señalando a ella.

Lili se tocó con un dedito en el centro del pecho, alzando las cejas y el camarero, asintió. Entonces, ella le hizo señas de que trajese el teléfono y se volvió a mirar a Waltz.

—Que extraño…

—¿No espera ninguna llamada?

—Claro que no. A menos que…

El camarero llegó con el teléfono y lo depositó delante de ellos.

—¿Es usted la señorita Connors, supongo?

—Sí —parpadeó ésta—. ¿Cómo lo ha sabido usted?

—Bueno, un caballero me ha dicho que era la chica rubia más bonita que habría visto en mi vida, así que ha sido fácil.

Lili sonrió encantadoramente y cogió el auricular…

—¿Sí?

—Sí, sí… ¿Es usted, *monsieur* Benoit?

—Bien. Tal como usted me indicó, he venido… ¿Perdón? ¿Qué dice?

—Ah —se frunció el ceño de Lili—. Sí, claro que lo comprendo, pero eso mismo podía haberlo comprendido usted antes, en lugar de hacerme perder el tiempo…

—*Monsieur*: ¡es usted un imbécil!

Lili Connors colgó casi violentamente el auricular y acto seguido se terminó el whisky de un trago. El camarero le guiñó un ojo a Waltz y se retiró, llevándose el teléfono a su sitio habitual.

—Parece que algo no va bien —sonrió Waltz.

—Escuche, matasanos, no estoy para bromitas, así que…

—Cálmese. ¿Qué dice de mi oferta para cenar en
L’Age
d’Or?

—Se lo agradezco, pero no. La verdad es que mi humor es poco propicio para ir a sitios agradables, donde haya público. De modo que me voy a mi chalé, a rumiar mi mala suerte y mi disgusto. Espero que volveremos a vernos…

—¿Tiene usted un chalé? —se sorprendió Waltz.

—Alquilado, naturalmente. Siempre me instalo en el inmueble que alquilo para mi compañía.

—Es una buena idea.

—No siempre. Se está solo, faltan las comodidades de un hotel en plena marcha… En fin, todo sea por ahorrar. Tengo unas dietas bastante generosas para alojamiento, así que casi no gasto nada en ese capítulo y mi pequeño capital va aumentando. Adiós, doctor. A ver si con suerte encuentro un taxi pronto.

—¿Un taxi? ¿Y su coche?

—Se me ha quedado averiado no muy lejos de aquí; por eso temía llegar tarde. Y tanto correr para que ese imbécil diga luego que de lo dicho no hay nada, y que no vale la pena que nos entrevistemos.

—No se puede decir que *monsieur* Benoit sea muy inteligente. Cuando menos es seguro que no tiene buen gusto —sonrió Waltz—. ¿Me permitiría llevarla en mi coche? Hoy soy yo quien lo tiene ahí fuera.

—Pero si ha de ir a la clínica…

—Una simple llamada telefónica será suficiente para que nadie se preocupe por mi tardanza.

—Bien… No sé. Si realmente no le causa perjuicio…

—Claro que no. Permítame.

Johann Waltz fue adonde estaba el teléfono y llamó. Dio un breve recado respecto a su retraso y luego Lili lo comprendió por su actitud, escuchó algún pequeño problema, dio las necesarias instrucciones para resolverlo, colgó y se reunió de nuevo con ella.

—Cuando usted guste.

—Mire, doctor, a fin de cuentas, deben haber taxis…

—Yo soy persona agradecida —Waltz dejó un par de billetes sobre el mostrador y se miró las manos—. ¿Me perdona un minuto?

—Desde luego.

Lili estuvo mirando a Waltz mientras éste se dirigía al fondo del local, donde estaban los servicios. Abrió su maletín forrado de plástico azul, sacó cigarrillos y encendió uno. Algunos hombres la estaban mirando con cierta avidez, pero no hizo el menor caso.

Estaba pensando en Waltz. Si realmente conseguía llevarlo al chalé que había alquilado aquella mañana con tal fin, las cosas podrían entrar en el camino de las aclaraciones. Waltz no parecía muy fuerte, y una vez lo tuviese en el chalé, lejos de cualquiera que pudiese ayudarle, sabía muy bien cómo tratarlo para obligarle a decirle todo lo que supiese. Había tomado aquella decisión tras mucho pensar. Podía haber intentado una incursión a la clínica, una visita a Von Maxe, o acechar la clínica hasta que saliesen Paolo y Roger. Mejor aún uno de los dos y cazarlo. Pero Waltz debía ser mejor pieza que cualquiera de los dos torpes empleados.

—¿He tardado mucho? —Llegó sonriendo Waltz.

—Claro que no.

—Cuando guste.

Waltz se despidió con un gesto del camarero, tomó a Lili del brazo y se dirigieron hacia la puerta. El coche estaba muy cerca, así que antes de un minuto, ya estaban instalados ambos en el asiento delantero.

—Supongo que conoce usted el Chemin de Vallauris, doctor.

—Por supuesto. Es un lugar agradable y tranquilo. ¿Le parecería mal llamarme simplemente Johann?

Lili Connors se quedó mirándolo, fruncido el ceño. Por fin, tras iniciar una sonrisa, suspiró.

—Claro que no. En realidad, creo que debo estar contenta por haberle encontrado, Johann; es estúpido permanecer de mal humor sólo porque otra persona ha hecho algo que nos ha disgustado. Lo razonable es olvidar a esa persona.

—Eso es lo razonable, en efecto. ¿Le gustaría que comprásemos un par de botellas de champaña por el camino?

Lili soltó una deliciosa carcajada.

—¡Justamente unas copas de champaña es lo que estoy necesitando!

Llegaron en veinte minutos, incluido el tiempo invertido en comprar un par de botellas de Taittinger, Waltz detuvo el coche delante de la puerta del garaje. Se apearon ambos, y Lili abrió la puerta de la casa. Encendió la luz y entró en primer lugar. Waltz supo que, en efecto, aquella casa había estado cerrada nada más entrar.

—Se nota frío —comentó.

—Podemos encender la calefacción y en pocos minutos estaremos bien. Deme las botellas: las pondré en el frigorífico hasta que las vayamos a abrir.

—Muy bien.

Waltz tendió una botella con cada mano. Lili miró su maletín, sonrió y se inclinó para dejarlo en el suelo, apoyado en una pared del recibidor.

Incluso tuvo tiempo de captar, de presentir más bien, el movimiento de Johann Waltz. Pero sólo eso. Cuando comenzaba a volverse, irguiéndose y alzando un brazo para proteger su cabeza del golpe ya era demasiado tarde. En el mismo instante en que recibía el tremendo impacto de la botella de champaña en plena

cabeza, la espía internacional pensaba que, como tantas veces se había advertido a sí misma, ella no era la única persona inteligente del mundo.

Al mismo tiempo, tras el estallido de luces de colores que seguramente no tendrían nada que envidiar a las de Año Nuevo en el Palm Beach Casino, en su cabeza se hizo una total oscuridad, que inundó sus ojos, que pareció absorberla para siempre jamás.

Sosteniendo las dos botellas como si fuesen mazas, Johann Waltz la estuvo contemplando, muy atento, con desconfianza. Por fin, dejó cuidadosamente las botellas, se arrodilló junto a Lili y le dio la vuelta, dejándola boca arriba. Puso un oído sobre el pecho y aprobó: sólo estaba desvanecida.

Con la mano derecha, Waltz dio un suave tirón a los rubios cabellos. Tuvo que repetirlo, un poco más fuerte y entonces sí, la peluca se desprendió, dejando visibles los negros cabellos bien recogidos. Waltz los soltó. Luego, alzó un párpado de Lili y bajó el otro, dejando al descubierto la pupila, de la que, con cuidado, retiró la lentilla de contacto de color verde. Hizo lo mismo con el otro ojo. Luego, palpó el cuerpo fino y elástico y hasta introdujo la mano por el escote, pensando que habían rellenos. Pero no. Aquella turgencia, aquella elasticidad, eran verídicas, reales, auténticas.

En cambio, encontró dos almohadillas de espuma de nailon dentro de la boca y dos pequeños aros de plástico transparente que ensanchaban un poco las fosas nasales da Lili Connors… En menos de tres minutos, Lili Connors dejó de existir y en cambio, desvanecida a los pies del doctor Johann Waltz quedó, yacente, Brigitte Montfort, alias Baby, la espía más peligrosa del mundo.

Tras contemplarla; con evidente admiración, quizá durante un par de minutos, Waltz fue al teléfono, hizo una llamada y luego fue al recibidor, donde se apoderó del maletín. Lo abrió, sentado en el suelo junto a la desvanecida Brigitte, y comenzó a sacar cosas que no le merecieron excesivo interés: tarros con crema, un secador de cabello a pilas, cepillo para el cabello, perfumes, unos gemelos para teatro, una cámara fotográfica, cigarrillos, un trípode pequeño de patas de aluminio… También había una peluca de cabellos rojos. Peines, manicura, maquillaje…

Había de todo, menos lo que: Johann Waltz buscaba.

—¿Quién debe ser? —musitó—. Desde luego, tiene que ser la de

anoche, pero… ¿quién es, qué quiere, para quién trabaja, cómo se ha metido en esto?

Paolo y Roger llegaron tan sólo doce minutos más tarde.

Para entonces, la señorita Montfort había recobrado el conocimiento, y estaba sentada en uno de los sillones de la salita del chalé, con las manos atadas a la espalda con cordones de cortinas y los pies bien sujetos uno a otro, también con cordones de cortinas.

Se quedó mirando a Roger y a Paolo fijamente y hasta pareció que en sus ojos excepcionalmente grandes, hermosos y azules, aparecían unas chispitas de malicia. Waltz, que hasta la llegada de los dos matones había estado sentado frente a Brigitte, contemplándola como fascinado; les miró interrogantes.

Roger asintió y masculló:

—Claro que es ella.

—¿Qué ha pasado exactamente? —se interesó Paolo.

—Acababa de leer el periódico, cuando ella entró en el Lepille, Si la hubiese visto en otro momento, quizá no se me habría ocurrido. Pero había leído que el cadáver de vuestra adversaria de anoche no había sido hallado en la costa, es decir, que el coche había sido sacado del mar, pero que no habían encontrado persona alguna dentro… Al ver a la señorita Connors —miró a Lili—, me di realmente cuenta de que había leído que el coche era de alquiler y que el modelo era el mismo que ella había utilizado ayer para llevarme. Luego, ella dijo que se le había averiado el coche… Intuición, eso es todo. En la última edición no aparecía todavía el nombre de la persona que había alquilado el coche, ya que aún no sabían dónde había sido alquilado, pero estoy seguro de que en la edición de mañana sabremos que la persona que lo alquiló se llamaba Lili Connors.

—Sólo que, seguramente, su nombre verdadero no es ése. ¿De quién es esta casa, doctor?

—Parece que ella la alquiló. Supongo que sus intenciones eran traerme aquí, para interrogarme. Por eso, vigiló mi apartamento, y cuando me vio salir y luego entrar en el Lepille, esperó un poco y entró por mí… Alguien la llamó por teléfono.

—¡En ese caso…! —Respingó Paolo, llevando rápidamente la mano derecha al sobaco izquierdo.

—No. Está sola —Waltz movió la cabeza, desconcertada la expresión—. De otro modo, ya la habrían ayudado… Seguramente, pidió a alguien que la llamase para hacer toda una comedia en mi honor y que no pensase que ella estaba allí por mí. ¿Fue así, Lili?

—Así es —sonrió la divina—. Un caballero muy amable se prestó a ayudarme, cuando le dije que era un delicado asunto de amores. Primero se sorprendió mucho, pero acabó por aceptar. Sé elegir a las personas, Johann.

—No entiendo nada —murmuró el médico—. ¿Quién es usted, qué quiere, de dónde ha salido, cómo llegó hasta nosotros?

—Hablemos de la noticia aparecida en el periódico —dijo Lili—. Además de lo que usted ha mencionado, se escribe también sobre el hallazgo de partículas de cuerpo humano; ha sido hallada una cabeza, por supuesto en un estado imposible de identificar, así como restos de miembros… Nosotros sabemos que eso es todo lo que quedó del pobre Fernand Dijon-Vernes, ¿verdad? Yo vi cómo… explotaba… ¿Qué es exactamente lo que están haciendo ustedes?

—Déjemela a mí —se adelantó agresivamente Paolo—. Usted no entiende de estas cosas, doctor. Ya verá como deja de hacer preguntas y se dedica a contestarlas. ¿Has oído, Tetalinda?

—Me parece recordar —frunció el ceño Lili— que ya alguien me llamó así anteriormente. ¿O lo he soñado? ¿O quizá fue que leí un cuento en el que aparecía ese nombré? ¿O quizá?

¡Plaf!

La tremenda bofetada ladeó violentamente a la espía hacia un lado del sillón, que se desplazó unos centímetros… Y aún estaba oscilando la cabeza de Brigitte cuando Paolo le aplicó otra bofetada en la otra mejilla. Los oídos de Brigitte comenzaron a silbar, sus ojos se llenaron de lágrimas… Las mejillas parecieron convertirse en brasas.

Muy lejana, entre silbidos y zumbidos, oyó la voz del médico:

—No seas bestia, Paolo. ¡La vas a matar!

—¡Por culpa de ella pudimos morir nosotros anoche! —gritó el italiano—. ¡Así que ahora tendrá que aguantar lo que le llegue! ¡Y si no me contesta…!

—Cálmate —aconsejó Roger; miró a Waltz—. ¿Ha avisado de esto a *herr* Von Maxe, doctor?

—No. Me ha parecido que era mejor no alarmarle. Está muy

preocupado y además, hoy llegan algunos de los de París… Quizá ya estén allí, en su casa. Quizá podamos resolver esto, nosotros solos.

—Se está usted complicando la vida. No entiende de estas cosas, ya se lo he dicho. ¿Quién lo pensó todo, quién lo está dirigiendo todo, quién manda y decide? *Herr* Von Maxe, ¿no es así? Pues, que sea él quien afronte los problemas y los resuelva. Creo que deberíamos llamarle. ¿Quiere que lo haga yo?

—Está bien.

Roger llamó por teléfono a la pequeña villa de Maximilian von Maxe, Estuvo hablando un par de minutos y cuando colgó, dijo lo que ya todos habían entendido:

—Han llegado los de París, en efecto. Y *herr* Von Maxe quiere que le llevemos allá a la cachonda. Paolo, carga con ella. La llevaremos en nuestro coche, mientras el doctor regresa con él suyo a la clínica, a ocuparse de sus asuntos.

Johann Waltz miró a Lili Connors, y pareció vacilar. Si de rubia le había gustado, de morena y con ojos azules aún le gustaba más… Infinitamente más, Se la veía más dulce, más acogedora… menos sofisticada. ¡Qué piel tan bonita tenía, tan dorada y fina…! Era tan hermosa, tan hermosa, que Waltz comenzó a sentir en la garganta un nudo de emoción de pronto, dio media vuelta y salió rápidamente de la sala. Un instante después, se oía batir la puerta de la casa.

—¿Qué le pasa? —se sorprendió Paolo.

—¡Y yo que sé!… —Encogió los hombros Roger—. Bueno, vámonos, nosotros también.

Afuera se oyó el motor del coche de Waltz. Paolo alzó a Brigitte como si fuese una pluma, colocándosela en un hombro, doblada sobre el vientre.

Poco después, Roger al volante y Paolo detrás, vigilando y manoseando a la bella prisionera, partían hacia la villa del ciego Von Maxe.

Capítulo VI

Paolo la tiró sobre un sillón y luego miró a los tres hombres que estaban sentados en el sofá. No los conocía, pero sabía muy bien a que atenerse respecto a ellos. Eran tres individuos sin nada especial: estatura mediana, bien vestidos en una calidad corriente, rostros vulgares, expresión indiferente… Sí, sabía muy bien a que atenerse respecto a ellos formaban parte de los viejos métodos. De los, métodos que Von Maxe había desdeñado ya, para utilizar otros mucho más eficaces… y horripilantes.

Maximilian von Maxe estaba sentado en su sillón, y el guapísimo Axel, naturalmente, estaba a su lado, mirando con el ceño fruncido a la prisionera. De pronto, se inclinó y estuvo casi un minuto murmurando junto al oído del ciego. Cuando se irguió, Von Maxe asintió y volvió la cabeza, siempre de aquel modo rígido, envarado, hacia, el sillón donde estaba Brigitte.

—Al parecer, señorita Connors, dispone usted de otro aspecto que, según mi buen Axel, todavía resulta más atractivo que el anterior.

—Axel es muy amable, *herr*.

—No, no. Ya le dije que Axel siempre dice la verdad, señorita Connors… ¿O, debo llamarla Monique Lafrance?

Brigitte Montfort irguió vivamente la cabeza y en sus hermosos ojos hubo un velocísimo parpadeo. Von Maxe emitió una risita de tono amable.

—He captado perfectamente su sorpresa, señorita Lafrance. Aquí, en esta biblioteca, raramente podría ocurrir algo que escapase a mi percepción. Conozco la casa, y en especial la biblioteca, centímetro a centímetro. Y no sólo conozco las… medidas, sino el ambiente, los sonidos, el vacío. Por ejemplo, usted está ahora sentada en ese sillón —Von Maxe señaló hacia la divina espía—. Y tan sólo con que mueva usted las piernas, los brazos y en ocasiones

incluso la cabeza, yo sabré que lo ha hecho. En los sitios cerrados se crea un… clima determinado que todos pueden percibir. En mi casa, lo percibo mejor que nadie. Si una de las personas que hay aquí dentro se mueve, yo lo sabré, porque se produce un cambio de ambiente, de clima… Igual que cuando se abre la puerta de una casa, o de una habitación. ¿Me comprende?

—Sí.

—Naturalmente. Es muy fácil, ¿verdad? Bien: ¿le gustaría saber cómo he llegado a conocimiento de su verdadero nombre?

—Sí.

—Mientras ustedes venían hacia aquí, después de que Roger telefoneó, alguien ha llamado desde París. ¿Conoce a alguien de París que pueda haberme facilitado su nombre?

—No se me ocurre en este momento.

—¿No? ¿De verdad? Bueno, vea cómo han ido las cosas: ha llamado *madame* Dijon-Vernes. Imagínese mi sorpresa, ya que estábamos convencidos de que Fernand Dijon-Vernes, al que permitíamos hablar por teléfono con su familia para que todo estuviese en calma, no había conseguido comunicar a su esposa dónde estaba. Eso sí, *madame* Dijon-Vernes sabía que su marido estaba en Cannes, pero yo creía que ignoraba en qué dirección exacta de Cannes. *Madame* Dijon-Vernes, en efecto, ignora la dirección. Me las he arreglado para, con exquisita amabilidad, conseguir que ella me dijese cómo sabía mi número y que su marido estaba aquí. Me ha contestado que ella le pedía con tanta insistencia la dirección del alojamiento a su marido, que éste, finalmente, le dio de mala gana el número de teléfono… Yo he interpretado que Dijon-Vernes pudo susurrárselo en un momento determinado, sin que sus vigilantes se diesen cuenta. Desde luego, no pudo hacerlo aquí, pues yo lo habría oído, por mucho que lo susurrase… Puedo oír el roce de un dedo con otro, de una punta a otra de esta biblioteca, así que… Bien, entonces, he comprendido que mi personal de la clínica tuvo ese descuido con Dijon-Vernes, y éste complació a su esposa, si bien dándole a entender a ésta que no debía facilitar ese número a nadie, ni llamar ella bajo ningún pretexto…

—Pero ella ha llamado.

—Lo cual significa que ha ocurrido algo en París.

—Nada especial. *Madame* Dijon-Vernes estaba inquieta porque hacía días que no tenía noticias de su marido y ha decidido llamar. Ya sabe cómo son las mujeres: siempre hacen las cosas mal.

—No estoy de acuerdo, *herr* Von Maxe.

—¿No? Pues, estimada señorita, en usted tenemos otro claro ejemplo de eso que he dicho. Pero permítame terminar: Después de tranquilizar a *madame* Dijon-Vernes, le he preguntado si alguien más conocía este número de teléfono. Ha dicho que no, pero he comprendido que mentía. Finalmente, suplicándome que no se lo dijese a su marido, ha confesado que dio este número de teléfono a una joven que estuvo a verla en París, hace dos días. Yo le hubiese dado la descripción de usted, pero recordando la nueva descripción facilitada por Roger, telefónicamente, le he preguntado si era una joven morena, de ojos azules, muy distinguida… Ni siquiera me ha dejado terminar. Ha dicho que sí, que, efectivamente, ésa era *mademoiselle* Monique Lafrance… ¿Va comprendiendo?

—Por supuesto.

—Bien. Ahora, señorita Connors, o Lafrance, o como quiera que se llame…, ¿quién es usted exactamente y qué pinta en todo esto?

—Ni siquiera sé que es «todo esto».

—Ya. Pero se ha metido en ello. Créame, me tiene usted desconcertado y asustado, inquieto… No comprendo quién puede ser, ni qué quiere; ni de dónde ha salido… ¿Sería tan amable de disipar mis dudas?

—No.

Hubo un gesto general de sorpresa. Axel miró a Brigitte como si estuviese loca. Paolo y Roger estaban estupefactos. Los otros tres sujetos mostraron una leve sorpresa, que se apresuraron a borrar de sus gestos. Maximilian von Maxe sonrió amablemente.

—Al parecer, Paolo tiene razón cuando asegura que usted dispone de agallas, señorita Lafrance. Pero no es fácil que me gane usted a mí a mala leche, como también dijo Paolo.

—Es muy fácil alardear de cualquier cosa, cuando los demás no pueden dar la réplica adecuada, *herr* Von Maxe.

—Entiendo. Bueno, precisamente estábamos teniendo aquí una pequeña discusión con mis tres coroneles de París. Hoy en día, cuando ya tantas cosas malas se han hecho con los seres humanos, parece que la maldad incluso está… desfasada. Incluso cabría decir

que está superada. ¿Está de acuerdo con eso?

—No. Sé que es inevitable que el mal continúe lanzando sus zarpazos, de un modo o de otro.

—¡Exactamente! Me gusta su… definición. Cierto, la zarpa del mal siempre está a punto. En este caso, vamos a determinar que yo soy la zarpa del mal. Se puede hacer mucho mal en el mundo y de muchas maneras, pero, incluso al mal, todos llegamos a acostumbrarnos. Y así, con la costumbre, pierde interés y fuerza. Así, por ejemplo, resulta ridículo en estos tiempos amenazar a una persona diciéndole que la vamos a matar. El peligro de muerte está tan latente en todo el mundo, de tantas maneras, que ya nadie se impresiona. Si a una persona se le dice que la vamos a matar, quizá conteste: «eso será si llega usted a tiempo». Lo cual quiere decir que los riesgos de muerte son hoy día numerosísimos, incontables: enfermedades, epidemias provocadas, guerras, terrorismo, la caída de una plataforma espacial llena de bombas nucleares, la tensión bélica mundial, odios, ambiciones, revueltas políticas… Terrible, terrible. Uno va por la calle tan tranquilo y de pronto, la bomba que han lanzado contra un político importante, lo hace pedazos. Y cosas así. Por lo tanto, ya nadie se impresiona demasiado por amenazas vulgares. Ni siquiera con la amenaza del hambre, a la que la Humanidad incluso llegará a acostumbrarse. El día en que eso suceda —rió Von Maxe— las cosas cambiarán mucho realmente. Habrá que buscar otro sistema para controlar a, las masas. ¿Qué le parece por ejemplo, el miedo?

—¿El miedo…, a qué?

—¡Buena pregunta! Y muy inteligente, de veras. Mis tres coroneles de París tienen una cierta desconfianza en mis métodos, a pesar de que ha quedado demostrada su eficacia. Veamos… El miedo a morir está pasando de moda. Pero, claro está, hablamos del miedo a morir uno mismo, ya que, a fin de cuentas, cuando uno muere, todo termina y ya está. Como dicen los filósofos, es un simple paso, al que no hay que dar exagerada importancia… ¿Sabe usted lo que eran los kamikaze?

—Supongo que se refiere usted… a los pilotos suicidas japoneses, durante la Segunda Guerra Mundial.

—Sí, naturalmente. Me refiero a ellos. No vamos a juzgar la mentalidad de los kamikaze, porque ello sería tanto como juzgar la

mentalidad japonesa, lo cual le aseguro que está fuera de nuestras posibilidades…

—No de las mías.

—¿De veras? ¿Usted puede comprender eso? Pues la felicito. Y comienzo a percibir que estoy ante un ser excepcional. Tan excepcional, que seguramente comprenderá que hasta los kamikaze deban ser… actualizados.

—Eso quiere decir que Fernand Dijon-Vernes era uno de esos kamikaze, actualizados por usted. Dentro de su cuerpo llevaba una bomba potentísima, que debía hacer estallar en el avión de la KLM que tomaría el ministro holandés hacia Amsterdam. Una bomba que se ponía en marcha por medio de un mecanismo especial de frío… Al enfriarse el cuerpo de Dijon-Vernes, la bomba se activaría y haría explosión cuando la frialdad del cuerpo llegase a determinado grado. Por eso, Roger y Paolo se asustaron tanto, cuando supieron que Dijon-Vernes había muerto. Sabían que se estaba enfriando, y que en cuanto llegase al frío previsto estallaría… como en efecto estalló en la costa. Si hubiese estallado en el avión de la KLM, el ministro holandés… y unas setenta personas más, habrían muerto. Y también Dijon-Vernes, naturalmente; Aunque él no se habría enterado, ya que al estallar la bomba ya estaría muerto… ¿Habría ingerido veneno? Sí, algo así. Se suicida, su cuerpo se enfría y la bomba estalla. Sólo que, a última hora, el pobre diablo se desmayó de miedo en el aeropuerto, y no pudo tomar el avión. Un miedo lógico o que ya no es tan lógico es que no se negase, en principio, a llevar adelante ese plan. ¿Cómo lo conseguía usted?

—¡Por favor!… —exclamó gozosamente Von Maxe—. ¡No me decepcione ahora, Monique! ¡Tiene usted que saberlo, tiene que comprenderlo! ¿Qué supone usted que haría la zarpa del mal para obligar a Dijon-Vernes y a otros como él a actuar de muñecos, de hombres-bomba, de… kamikaze actualizados? ¡Piense en algo!

—¿Les amenazaba usted con asesinar a sus familias, si no aceptaban suicidarse en un avión?

—Más, más, más… ¡Mucho más! ¡Vamos, vamos, Monique, está usted hablando de la zarpa del mal! ¡Más, diga más cosas…!

—No se me ocurre que más daño podría usted hacer —susurró Brigitte.

—¡Por favor!… Mire, como ya habrá comprendido, tengo un

grupo de personas dedicado a la búsqueda de individuos adecuados para ser convertidos en muñecos por Johann… Por el doctor Waltz, usted ya entiende. ¿Quién va a sospechar que «dentro» de uno de los más respetables viajeros viaja la bomba que ha de causar el accidente? Nadie, ¿no le parece?

—No es probable, desde luego —murmuró Brigitte.

—Pues a eso era debida la discusión con mis tres coroneles de París. Yo creo, sinceramente, que mi método actual es mejor que el clásico que se ha venido utilizando hasta ahora, del atentado directo, del terrorismo dando la cara. Sin embargo, en ocasiones como ésta en que urge asesinar al ministro holandés, no voy a tener más remedia que acudir a los sistemas clásicos…

—¿Por qué le urge?

—Uno tiene sus compromisos —sonrió Von Maxe—. Así que, en esta ocasión, no voy a tener más remedio que aceptar que mis coroneles lo hagan a su manera. Por eso partirán esta misma noche hacia París, desde donde volarán a Amsterdam para reunirse con otros hombres, que llegarán desde distintos lugares y… Oh,: pero eso a usted no le interesa, ¿verdad?

—¿Por qué no?

Von Maxe frunció el ceño, reflexionó unos segundos y terminó negando:

—No. Ellos se irán esta noche en avión, y eso es todo. Nos estamos desviando de la cuestión, que, ha originado toda esta charla… Hablábamos de la zarpa del mal. Sí, hay que saber… renovar la maldad, pues, de otro modo acaba por no servir de nada; Y yo le he dado una renovación adecuada. ¿Cómo consigo que las personas elegidas para hombres-bomba acepten mis terribles disposiciones? Lo va a comprender muy pronto, cuando vea la película que les muestro a ellos. Una de las películas que les muestro.

—¿Proyecto una, Max? —exclamó gozosamente Axel, el bello, bellísimo Axel.

—Sí, querido. Prepáralo todo. Quiero que mis coroneles y la señorita Lafrance sepan qué nuevo estilo tiene la zarpa del mal. Cuándo vean la película comprenderán que ninguna de las personas elegidas para obedecerme ciegamente hasta la muerte, puede negarse. Y mientras tú lo preparas todo… ¿Qué ocurre, Paolo?

Paolo, que en efecto se había removido inquieto, y que estaba tan pálido como Roger, se pasó la lengua por los labios, antes de musitar…

—Yo… preferiría marcharme, *herr*.

—Os quedaréis aquí los dos. Todos tenéis que ver la película. Y decía que, mientras esperamos, la señorita Lafrance me dirá quién es, que sabe, y por qué estaba en Fiumicino y luego fue a París a preguntar a *madame* Dijon-Vernes; por el paradero de su marido. ¿Por qué, Monique? ¿No va a contestar a mis preguntas?

—No.

—¿No? —se sorprendió Von Maxe—. ¿Después de todo lo que le he contado?

—Incluso así.

—Bueno, vamos a esperar a ver la película… Es decir, yo tendré que conformarme con él sonido y las explicaciones de Axel… A propósito de esto: no se pierdan las explicaciones de Axel. ¡Son sencillamente maravillosas! Pronto se darán cuenta de ello…

—¿Qué pasará ahora con la familia de Dijon-Vernes?

—Ah, sí. Bueno, si él hubiese sido discreto, no pasaría nada. Pero no fue discreto, ¿verdad?

—¿Les van a matar?

—A todos, en efecto. Mis coroneles se encargarán de ello, a su regreso a París. Voy a concederme un capricho que espero no la moleste, Monique.

Brigitte no contestó. Estaba pálida, mirando aquellos lentes oscuros que no dejaban ver las apagadas pupilas de Von Maxe. Éste se puso en pie, de pronto, y se acercó a ella directo, sin utilizar el bastón. Su dominio del lugar, su oído, su captación del movimiento y de las respiraciones era tal, que llegó, ante Brigitte sin el más pequeño tropiezo.

Tampoco tuvo la menor vacilación para encontrar con las manos el rostro de la espía, que recorrió lentamente, presionando con gran suavidad en determinados rasgos. Las sensibilísimas yemas de sus dedos fueron golpeando todas las formas, desde la frente al cuello…

—Asombroso… —murmuró Von Maxe—. Desde luego, no es usted una persona corriente, Monique. No sólo por hermosa, sino por carácter e inteligencia. La forma de su frente revela también su temperamento fuerte y generoso… ¿Quién es usted?

Brigitte permaneció en silencio. Las manos de Max von Maxe bajaron hacia el cuerpo, deslizándose por el cuello. Los dedos tocaron, siempre presionando suavemente, los hombros, los senos, la forma de los omóplatos de los codos, el tórax y las caderas… El ciego se inclinó para palpar también las piernas, en especial la forma de las rodillas y los tobillos.

Por fin se irguió, y de nuevo preguntó con voz tensa:

—¿Quién es usted?

—Monique Lafrance.

—Sí, pero… ¿qué es usted?

Brigitte permaneció en silencio. Axel había regresado y, tras colocar una pantalla portátil en la pared, comenzó a preparar el proyector. Sus manipulaciones eran todo el ruido que se oía. Roger, Paolo y los tres coroneles miraban con nueva curiosidad a Brigitte. Max von Maxe puso de nuevo sus manos sobre el rostro de ella.

—Quiero saber qué es usted, y qué significa su presencia en Cannes, en pos de Dijon-Vernes.

Brigitte apretó los labios. Max von Maxe se dio perfecta cuenta del gesto. Tenía las manos en el rostro de Brigitte de modo que los pulgares descansaban en los pómulos y los demás dedos en los lados de la cabeza, tocando con las puntas las orejitas de la divina espía.

—¿No quiere contestar?

Baby continuó en silencio.

Max von Maxe subió un poco las manos, de modo que sus largos dedos quedaron en la nuca de Brigitte, y sus pulgares sobre los ojos, de tal modo que ella no tuvo más remedio que cerrarlos…

De pronto, Von Maxe apretó con los pulgares, y Brigitte lanzó un agudo alarido, al notar el intensísimo dolor que desde sus ojos irradiaba a su cerebro, y a todo el cuerpo… Quiso desprender su rostro de las manos de Von Maxe, pero éste apretó más los pulgares sobre los ojos, ocasionándole de nuevo un terrible impacto de dolor que casi la hizo saltar en el sillón. Dio un tirón para soltar sus manos, pero no consiguió nada, salvo lastimar sus muñecas. Era un dolor horrendo el que atravesaba su cabeza desde los ojos, como si la estuviesen partiendo en mil pedazos. Von Maxe apretó más, y Brigitte ya no pudo resistirlo. No pudo resistir ni el dolor ni la idea de que si aquel hombre seguía presionando, reventaría sus ojos como si fuesen simples uvas…

—¡Se lo diré! —gritó—. ¡Se lo diré, se lo diré…!

Max von Maxe retiró los pulgares de los ojos, pero no las manos del rostro. Brigitte comprendió la silenciosa amenaza.

—¡No va a creerme! —jadeó—. ¡Sé que no va a creerme! Pero tengo…, tengo pruebas en el maletín… Hay varios pasaportes en él, en un doble fondo… Uno de ellos, el que está a nombre de Galina Cherkova, rusa; es… es el verdadero.

—¿Es usted rusa?

—Sí… Sí, sí. Galina Cherkova. Soy agente de la MVD. Estaba…, estaba realizando un regreso de desorientación a Moscú, desde Estados Unidos, vía París-Roma-Amsterdam-Estocolmo-Leningrado… En Fiumicino vi…, vi desmayarse a Dijon-Vernes, pero no me habría interesado por el asunto de no haber sido por la extraña actitud que noté en Paolo y Roger. Yo tenía que tomar aquel vuelo también, pero desconfié. Vigilé a los dos, les vi en Ciampino, los vi marcharse en una avioneta. Regresé al Leonardo da Vinci y en la oficina de la KLM pregunté por el pasajero que se había desmayado. Supe su nombre, y que residía en París. Fui allá…

El dolor en los ojos iba cediendo, hasta el punto de que Brigitte, finalmente, pudo abrirlos, mientras terminaba la explicación, en la que fue sincera en todo… excepto en lo de insistir en que su verdadera personalidad era la de Galina Cherkova, y que los demás pasaportes eran falsos.

Cuando terminó, ya podía ver con normalidad. Todos la habían escuchado en silencio. Los coroneles y Paolo y Roger la miraban con atención. Axel parecía impaciente por comenzar la sesión de cine, sin que lo demás le importase ni poco ni mucho.

—De modo —musitó Von Maxe— que todo fue simple intuición de espía profesional.

—Sí… Yo también iba a tomar aquel avión, así que pensé que quizá todo aquello tenía que ver conmigo. Entonces, quise saber quiénes eran ustedes y qué ocurría… Supongo que no me cree.

—Supone mal. Es todo tan increíble, que tiene que ser cierto. Bien, según entiendo, solamente usted, que regresaba en solitario a Moscú, está al corriente de todo esto.

—Por desgracia para mí, sí. Me pareció que se reirían de mí, si pedía ayuda para investigar a un hombre que se había desmayado en un aeropuerto.

Max von Maxe asintió con la cabeza y regresó a su sillón. Miró exactamente adonde estaba Axel.

—Puedes empezar cuando quieras, querido.

—Sí —casi gimió Axel—. ¡Sí, sí, sí!

Brigitte le miró, entre sorprendida e interesada. Axel parecía ahora otra persona. Le temblaban las manos y la barbilla, y parecía tener fuego en los ojos, cuyas pupilas aparecían dilatadísimas.

—Apaga la luz, Paolo —pidió el lazarillo de Von Maxe, con voz temblorosa de alegría.

Paolo tragó saliva y se dispuso a obedecer. Estaba muy pálido, cómo Roger. Los coroneles contemplaban la pantalla; inexpresivos sus rostros.

La luz se apagó…

Y la primera imagen hizo palidecer a Brigitte, que cerró inmediatamente los ojos. Era en colores. Pero no… No podía ser verdad. Seguramente, aquella imagen había sido una alucinación. Sí, eso debía ser…

La voz de Axel, temblorosa de dicha, la desengañó:

—Acabamos de ver cómo decapitan a un niño de pocos meses, Max. Es un niño gordito, muy sano, y al cortarle la cabeza un chorro de sangre ha brotado, como un surtidor, salpicando a todos lados. La sangre no es propiamente roja, sino que en la película tiene un tono como de chocolate. ¡Cuánta sangre caliente!… Vemos ahora la cabeza del niño, sobre una balanza pesa-bebés. La imagen pasa ahora al cuerpo del niño…

—Cállese —tartamudeó Brigitte—. ¡Cállese!

—… El cuerpo del niño está sobre un mármol. ¡Qué gracioso es, todavía mueve las manitas y las piernas!… Aparece el hacha, que le corta las manos. ¡Ahora llega, cruzándose, la imagen de la hermosa niña, Max!, Una hermosa niña de siete años, que entra en un quirófano…

—¡Cállese! —gritó Brigitte, con los ojos cerrados—. ¡Por Dios, cállese!

—… La niña es colocada en la mesa de operaciones. Colocan las correas en sus brazos y piernas, para que no pueda moverse. No le aplican anestesia, naturalmente. Uno de los cirujanos le corta las dos orejas con un afiladísimo bisturí. Le enseña las orejas a la niña, que empieza a gritar… ¡Je, je! Ahora le van a arrancar los

dientecitos… ¡Y se preparan para abrirla en canal y observar su organismo! ¡Cuantísima sangre sale por los cortes de las orejas, Max! La sangre está cayendo a chorro al suelo, la niña no se calla, le van a cortar una mano… ¿Oyes, Max? ¿Oyes cómo llora? ¡A mí me gusta más la escena de la niña a la que dejan sola con un chimpancé adulto…! ¡Ji, ji, ji, ji! ¡Luego la veremos, Max, y te explicaré lo que le hace el chimpancé antes de…!

Brigitte no pudo resistir más. Estaba oyendo los chillidos de la niña, el gorgoteo de la sangre cayendo al suelo desde la mesa de operaciones en la película, y la voz y la risa del guapísimo Axel…

Pero todo ello entre el fortísimo zumbido que sentía en las sienes, mientras la cabeza le daba vueltas y sentía un intenso frío en todo el cuerpo. Tenía los párpados tan apretados que le dolían. Y notaba unas náuseas terribles.

Se puso en pie, y pese a tener los pies atados y las manos asimismo atadas y a la espalda, gritó:

—¡Te voy a matar! ¡Te voy a matar, canalla!…

Saltó hacia donde estaba Axel con los dos pies juntos, y cuando estuvo lo bastante cerca se abalanzó contra él de cabeza, golpeándole en la zona del hígado. Axel interrumpió su gozosa explicación de las actividades del chimpancé con una niña al recibir el golpe, pero la reanudó pronto, pues se entretuvo apenas tres segundos con Galina Cherkova-Lili Connors-Monique Lafrance-Brigitte Montfort-Baby… La derribó de un puñetazo sobre el seno izquierdo, y cuando llegó al suelo le aplicó un escalofriante punterazo en los riñones, que repitió en seguida.

Baby emitió primero un gemido, luego se tensó, en silencio, desorbitados los ojos. Finalmente se relajó de pronto y quedó tendida en el suelo, sin sentido, viajando una vez más, en su dilatada vida de espía, hacia el fondo de aquel negrísimo pozo del que, hasta el momento, siempre conseguía volver…

Capítulo VII

El regreso fue lento y doloroso. Le parecía que la cabeza iba a estallarle, y sentía una fuerte presión en el pecho; justo en el seno izquierdo, allá donde había recibido el golpe. Tan pronto veía luces como sombras. Las sombras, claro, eran negras. Algunas de las luces eran de colores… Tardó varios minutos en comprender que estaba en un coche, cruzando Cannes. Le zumbaban los oídos, sentía náuseas y continuamente notaba ramalazos de intenso frío, que estremecían su cuerpo de pies a cabeza.

Y de pronto recordó la película y las explicaciones que había escuchado de labios de Axel.

—No… —gimió—. No, no, no…

—Hey, la espía está despertando —oyó la voz conocida.

—Ten más cuidado con ella, esta vez. Esta voz también la conocía. Estaba en un coche… Sí, eso era. Al, volante, entre sombras y luces de, colores, vio a un hombre. Junto a ella tenía a otro. Claro: Roger y Paolo. Aspiró profundamente, y quedó inmóvil, cerrados los ojos. Cuando los abrió, ya no había luces de colores. Sólo, alrededor de ellos, un difuso resplandor. A su derecha estaba Paolo, mirándola.

—¿Adónde vamos? —musitó Baby.

Paolo no contestó. Tenía una pistola en la mano y apuntaba a su pecho.

Brigitte cerró de nuevo los ojos y se relajó. Continuaba atada de pies y manos, desde luego. Los dolores y zumbidos iban y venían, como en un juego cruel.

El coche se detuvo, por fin. El motor fue apagado.

Nada más abrir los ojos supo dónde estaba: en la clínica. La portezuela de su lado se abrió y apareció el rostro de Johann Waltz.

—¿Cómo se siente? —se interesó.

Brigitte volvió la cabeza. Pero vio a Paolo, y optó por cerrar los

ojos. Y así estuvo hasta que notó las manos en su cuerpo. Al abrirlos de nuevo vio a Waltz caminando tras ella. Estaban entrando en la clínica, pero no por la puerta principal. Debía ser la entrada de urgencias… Detrás de Waltz iba Roger, pistola en mano. Y ella, claro, iba sobre un hombro de Paolo, doblada por el vientre.

La llevaron a una habitación y la colocaron sobre una cama blanquísima. Bajo indicaciones de Waltz, le soltaron los pies y las manos, pero éstas volvieron a atárselas, ahora a los barrotes de la cama, por encima de su cabeza. La posición no era demasiado incómoda, y al menos tenía libres las piernas.

—Ya os avisaré —dijo Waltz.

Paolo y Roger salieron de la habitación, dejándola sola con Waltz. Éste cerró con llave por dentro, y luego se colocó junto a la cama. Al mirarle, Brigitte había visto sobre la mesita una bandeja de porcelana con una jeringuilla llena de líquido… Luego, miró a Johann Waltz, que sonrió levemente.

—No hacen falta explicaciones, pues Max me ha telefoneado —murmuró—. ¿Sabes lo que quiere hacer contigo?

—No…

—Convertirte en una muñeca… ¿Te sientes bien?

—No. Tengo… un dolor de cabeza terrible… Me duele todo, en realidad…

—Te daré algo para aliviarte. Quiero que estés en perfectas condiciones. Vuelvo en seguida.

Salió de la habitación. Inmediatamente, Brigitte alzó las piernas, flexionando la cintura, de tal modo que sus pies llegaron a la cabecera de la cama; con el derecho, utilizando el dedo pulgar, comenzó sus intentos de deshacer los nudos de las cuerdas que sujetaban sus manos a los barrotes de la cabecera. Tardó pocos segundos en darse cuenta de que podría lograrlo… si disponía del tiempo suficiente.

Pero no fue así. Notó el sonido en la manilla de la puerta y se apresuró a colocarse en posición normal. Waltz entró, portando una pequeña bandeja, en la que había un vaso con agua, una jarrita y un par de comprimidos de color rosa. Dejó la bandeja sobre la mesita, junto a la otra, y fue a cerrar la puerta.

Luego ayudó a Brigitte a beber agua para que los dos comprimidos de color rosa llegaran a su estómago más fácilmente.

—Ahora cierra los ojos y relájate. Dentro de pocos minutos te sentirás mucho mejor.

Brigitte obedeció. Y, en efecto, en cuatro o cinco minutos se encontró no sólo mejor, sino estupendamente. Como si nada hubiese ocurrido. Abrió los ojos y, miró a Waltz, que la contemplaba sonriente.

—¿Qué droga me has dado? —murmuró.

—Nada que deba preocuparte. ¿Te sientes bien ahora?

—Muy bien, sí… Gracias.

—No me las des. En realidad, sólo estoy pensando en mí al hacer esto, Lili. O Galina, o Monique, o como te llames… Sólo siento que tendré que matarte. Y eso lo haré en tu beneficio…

—Tengo un amigo que siempre cuenta chistes muy malos. —Dijo mordazmente Brigitte—, pero nunca tanto como este tuyo, Johann.

—No es ningún chiste. Te diré lo que Max me ha ordenado: que te convierta en una muñeca, ¿comprendes? Pero no para enviarte a ninguna misión, sino sólo para probar contigo un perfeccionamiento de mi sistema.

—Está bien. Él es la zarpa del mal, pero tú también lo eres, puesto que le ayudas. Él te buscó, te hizo la proposición, y la aceptaste, ¿no es así?

—En efecto. Yo ya tenía, esta clínica, y estaba en un momento económico muy difícil. Gracias a Max, pude superar todas las dificultades. La clínica sigue funcionando normalmente…, sólo que, de cuando en cuando, tengo que preparar a un hombre-bomba, a un muñeco. Todo se hace discretamente, y por lo demás, mi vida en Cannes es completamente normal. Y la de Max.

—Pero ¿qué pretendéis? ¿Por qué hacéis esto? Son actos de terrorismo… ¿Qué ganáis con ellos? ¿De parte de quién estáis, qué pretendéis, qué pedís a cambio de qué?

—Es mucho más simple de como tú pareces pensarlo —movió la cabeza Johann Waltz— Max trabaja por encargo.

—Por encargo, ¿de quién?

—Oh, de muchos personajes importantes. En realidad, es Max quien concierta una entrevista con ellos. Los cita y, cuando termina la entrevista, todo está convenido. Por ejemplo, en el caso del ministro holandés, el contrato es urgente. Max buscó a un hombre

que sabía muy adecuado: un hombre ambicioso, que aceptaría con muchísima alegría la desaparición del ministro en cuestión, por la sencilla razón de que él pasaría a ocupar el cargo. Se conviene un precio, Max se encarga de eliminar al personaje que molesta, en lo posible con apariencias de accidente, y eso es todo.

—No es cierto… ¡No puede ser cierto! ¡Estás diciendo que un hombre que pretende ser ministro de un país civilizado y honrado, ordena el asesinato de setenta personas sólo para conseguir sus propósitos, sus ambiciones personales! ¡No es cierto!

—En realidad, el cliente de Max no ordena nada. Nunca quiere saber nada, no le importa nada. Max le dice que, por determinada cantidad, podemos quitarle de en medio a tal o cual persona; el otro acepta, y cuando llega el momento se beneficia adecuadamente. Si en el accidente han muerto diez o cien personas, le tiene sin cuidado. No quiere saber nada.

—No es cierto… ¡Es mentira!

—Te sorprendería saber cuántos personajes de relieve político en Europa están ocupando cargos de importancia gracias a pequeños accidentes, que se iniciaron de acuerdo a los viejos métodos del atentado. Por ejemplo, en esta ocasión habrá que eliminar al ministro holandés en la propia Amsterdam, por los viejos métodos, ya que el cliente de Max, ignoro por qué, dio una fecha tope de vida al pobre ministro. Cosas de ellos. Así pues, los coroneles de Max, que no son más que rufianes bien entrenados, partirán hacia Amsterdam para realizar el atentado al estilo antiguo. No hay más remedio, en esta ocasión. Pero, mientras tanto, Max ha evolucionado el sistema. Ningún riesgo. Se coloca en el avión, o en el yate, o en lugar adecuado, a un hombre-bomba, y asunto terminado. ¿Crees que estoy mintiendo, o tan sólo exagerando? Pues me gustaría que vieses el archivo de Max, con fotografías y cintas grabadas. Tienes a esos personajes bien atrapados, por si acaso. Hay muchos en Europa, muchos… Y dentro de poco, Max tiene pensado ampliar su campo de contratos a los Estados Unidos y a Rusia.

—Estáis locos… —jadeó Brigitte—. ¡Por el amor de Dios, estáis locos! Ya es malo que se atente contra la vida de un político, o de una persona cualquiera…, ¡pero organizar su muerte de modo que mueran docenas de personas, sólo para que parezca un accidente…!

—Lo que sobra en el mundo es gente —encogió los hombros Johann Waltz—. No hay por qué dar tanta importancia a la vida. Lili. Unos mueren, pero otros quedan y otros nacen. Y sólo los poderosos gozan de lo mejor en la vida. Eso es lo que hacen algunos políticos y grandes empresarios, y Max lo sabe, así que… ¿por qué no beneficiarnos nosotros también de eso?

—Johann, no… Suéltame. Tú no puedes…

—No pierdas el tiempo —sonrió el médico—. Te has dado cuenta de que me he enamorado de ti, ¿verdad?, y pretendes obtener un beneficio de ello. No podrá ser, querida. Todo lo que puedo hacer por ti es matarte, en lugar de convertirte en una muñeca, en lugar de hacer experimentos con tu cuerpo y hacerlo saltar en pedazos con una de mis cargas explosivas… Es todo lo que puedo hacer por ti. Sólo que, antes de matarte, quiero tener un recuerdo inolvidable de ti, de tu belleza, de la dulzura de tu cuerpo, de tu amor…

Johann Waltz se quitó la bata blanca, y la tiró sobre una butaca. Se quitó también los pantalones y, de pronto, comenzó a arrancarle la ropa a Brigitte, que ni siquiera intentó impedirlo. La azul mirada estaba fija en el hombre que estaba desnudando a la espía más peligrosa del mundo. Pero Johann Waltz no sabía esto. Ni sabía que tenía ante él a una pantera para la que el hecho de tener las manos atadas a los barrotes de la cama no tenía importancia…

—Así… —jadeó Waltz, contemplándola desnuda—. Así quería verte. Quiero tu amor, y luego te pondré esa inyección, y todo terminará para ti dulcemente… Muy dulcemente… Como el amor que vamos a vivir ahora…

Waltz subió a la cama, y quiso colocarse sobre las piernas de Brigitte, que permanecían juntas, apretadas. Pero de pronto la espía las separó, suavemente. Johann Waltz se dio cuenta de ello, y sonrió, acomodándose de modo más adecuado.

—Me gusta que comprendas…

Sucedió algo que le dejó atónito. Cuando intentaba la colocación final sobre el cuerpo de Lili Connors, las piernas de ésta se movieron y, en un instante, Waltz se encontró entre ellas, pero de un modo harto incómodo. Las piernas de Brigitte rodearon por un lado su cuello, y por el otro su brazo derecho alzado, apretándolo contra el otro lado del cuello, de modo que Waltz se encontró con la

cabeza y el hombro derecho metidos en un cepo.

Jamás llegaría a saber que las bellísimas piernas de seda y de oro estaban efectuando una presa de San-kaku-Waza de judo. Sí supo perfectamente que, cuando quiso decir algo, las piernas apretaron más, y que, cuando intentó gritar, sólo consiguió que su sangre se acumulase con fuerza en su cabeza. Llegó a comprender que estaba siendo estrangulado entre las piernas de Lili Connors, y entonces quiso reaccionar. Subió sus manos hacia las piernas que le oprimían, para separarlas de su cuello, pero entonces Brigitte tensó violentamente los músculos del estómago, flexionando el cuerpo con toda su fuerza. Y puesto que el torso no podía subir, subieron las piernas…, llevando a Johann Waltz, velozmente, al encuentro de los barrotes de la cabecera de la cama.

¡Chock!, chascó su cabeza contra uno de los barrotes.

Pareció que fuese a regresar a su posición anterior, pero lo único que quería Brigitte era que fuese un poco hacia atrás, para poder tomar impulso y repetir la operación de estrellar la cabeza de Waltz contra los barrotes. Para conseguir esto era necesario tener unos músculos abdominales de autentico acero, y una zona lumbar de poder increíble…

¡Chock!, chascó de nuevo la cabeza de Waltz.

¡Chock! ¡Chock!

No hizo falta más. Waltz quedó desvanecido por los golpes y la estrangulación casi completamente conseguida. Brigitte deshizo la presa de sus piernas, empujó fuera de la cama al médico y se dedicó inmediatamente a hurgar con el dedo pulgar de su pie derecho, en los nudos de las cuerdas que sujetaban su mano izquierda. Un minuto más tarde, su desnudo cuerpo empezaba a cubrirse de sudor, y los descansos que tenía que tomar eran cada vez más frecuentes; le dolía horriblemente la musculatura abdominal, y la espalda… Dos minutos más tarde, comenzó a soltar el primer nudo. A los tres minutos, lo había conseguido. Su cuerpo estaba ya cubierto completamente de sudor. A los cinco minutos había soltado el segundo nudo… A los siete, dio un tirón y el tercer y último nudo se soltó.

La mano izquierda soltó a la derecha en cuestión de segundos. Brigitte saltó de la cama y se acuclilló inmediatamente junto a Waltz. Parpadeó sorprendida al ver el tono azulado del rostro. Lo

tocó, y lo encontró ya ligeramente frío. Alzó uno de sus párpados, y vio el ojo completamente enrojecido por el fuerte derrame.

—Está muerto… —Se pasmó.

Se puso en pie, encogiendo los hombros. Lo que tenía que hacer era salir inmediatamente de allí. Comenzó a recoger sus ropas desgarradas, pero de pronto las rechazó. No sólo por estar prácticamente inutilizadas, sino porque acababa de tener una idea mucho mejor.

Se puso solamente sus zapatos. Luego, sobre el desnudo cuerpo, la bata de Johann Waltz.

Abrió la puerta del cuarto, salió y cerró. Recorrió el pasillo en sentido inverso a su llegada, en busca de la salida de urgencia. Descubrió la puerta que daba a este pasillo y la abrió. Se encontró en el último pasillo. Al fondo estaba la puerta que daba al jardín por la entrada de urgencias.

A los lados había varias puertas. Una de ellas correspondía a un quirófano. Había luego una gran sala vacía. Un cuarto que parecía un despacho… Un pequeño despacho. Sentada ante la mesa había una auténtica enfermera de la clínica, que vio pasar a Brigitte y puso cara de asombro. Brigitte vio su expresión, pero al mismo tiempo vio el rostro del hombre que estaba hablando con la enfermera, muy sonriente; sonrisa que quedó como paralizada en sus facciones al descubrir a Brigitte. Era Paolo.

Brigitte echó a correr hacia la puerta de salida, mientras en el pasillo resonaba, atronadora, la voz de Paolo:

—¡Roger! ¡Roger!… ¡Que se escapa la espía!

Brigitte salió al jardín en el mismo instante en que Paolo aparecía en el pasillo, sin dejar de gritar y empuñando su pistola. Le vio apuntar hacia la puerta y se apartó. Alrededor de ella, las sombras del jardín, que podían protegerla de la búsqueda de Paolo, que no tardaría en aparecer ni siquiera tres segundos…

Pero la espía internacional no corrió hacia las sombras, sino que se colocó delante mismo de la puerta, con perfecto cálculo de tiempo. Paolo, que llegaba corriendo como un loco, la vio aparecer, y quiso apuntar de nuevo, mientras sus ojos se desorbitaban por la sorpresa… y su corpachón seguía impulsado hacia la salida.

No tuvo tiempo de disparar, porque llegó ante Brigitte, de tal modo que parecía que iba a chocar con ella, en cuyo caso la habría

aplastado. Pero Brigitte se inclinó, Paolo cayó sobre su espalda y, sin dar tiempo a que el impulso de su marcha quedase frenado, la espía se irguió con fuerza.

—¡UaUUUUUUAAAA…! —rugió Paolo, mientras volaba por encima de Brigitte.

Ascendió unos tres metros durante su parabólico recorrido de no menos de cinco, y tras girar en el aire cayó de espaldas sobre el coche en el que habían llegado él, Roger y Brigitte a la clínica; rebotó en el techo, volvió a gritar, giró de pronto y, por fin, cayó de espaldas al suelo.

—Madona… santísima… —gimió, intentando incorporarse.

Brigitte llegó junto a él y le golpeó con la punta del pie en la mandíbula, tirándole de lado, apartándole de junto al coche.

Se inclinó, recogió la pistola de Paolo y se metió en el coche. Las llaves estaban en el contacto. Mientras accionaba éste, vio aparecer a Roger por la puerta de urgencias, con la pistola en una mano y sujetándose con la otra los pantalones.

Roger se detuvo en seco, alzó la pistola y apuntó hacia el coche…

Plop, disparó Brigitte.

Roger lanzó un alarido, saltó grotescamente, tirando la pistola hacia el cielo, y cayó de espaldas. Fin de su tiempo de vida.

Brigitte puso la primera marcha, arrancó…, y vio a Paolo ponerse en pie y correr tambaleándose hacia la puerta de urgencia. Frenó en seco, sacó la pistola por la ventanilla y apuntó a su nuca. Sabía lo que Paolo iba a hacer. Es decir, sólo podía hacer una de estas dos cosas: avisar a Maximilian von Maxe de la fuga de la prisionera, o recoger la pistola de Roger para disparar contra la fugitiva.

Plop, disparó la implacable espía.

La bala dio en el punto exacto y Paolo fue derribado de bruces, sin un gemido: El que a hierro mata, a hierro muere…

Inmediatamente y cuando todavía nadie de la clínica había conseguido reaccionar, Brigitte Montfort, alias Baby, lanzó el coche por el sendero, hacia la salida.

Capítulo VIII

—Lucien os llevará al aeropuerto de Niza —terminó Max von Maxe —, así que esta misma noche podréis estar en París. ¿Alguna pregunta?

—No…

—Pues buen viaje. Espero noticias de Amsterdam dentro de tres días. No podéis fallar.

—No fallaremos. Nuestros métodos siempre han dado resultado, *herr*.

—Lo sé, puesto que siempre os he dirigido yo. Pero hay que estar al día —sonrió el ciego—. Bien, eso es todo. Marcharos ya. Y no olvidéis que antes de partir hacia Amsterdam, no debe quedar ni un solo miembro vivo en la familia de Fernand Dijon-Vernes. No quiero correr el riesgo de que su mujer hablase con cualquiera de ellos sobre mi número de teléfono. En lo sucesivo, tendremos que cuidar mejor ese aspecto, controlar más a los muñecos. Axel, acompáñalos a la puerta.

Sí, Max.

Los cuatro hombres abandonaron la biblioteca. Afuera esperaba Lucien, el criado silencioso y siempre eficiente, que asintió cuando Axel le indicó que debía llevar al aeropuerto de Niza a los tres coroneles y regresar inmediatamente.

—Voy a sacar el coche del garaje.

Salió antes que los tres coroneles. Éstos se entretuvieron dos o tres minutos charlando con Axel que, finalmente, los despidió en la puerta y esperó allí a que, tras subir en el coche, se marchasen. Axel se frotó las manos y cerró la puerta.

—Hace una noche fresca —comentó uno de los coroneles, en el asiento de atrás del coche—. Yo creía que en la Costa Azul nunca hacía frío.

—Hace menos que en otros sitios —dijo Lucien, al volante—,

pero hace. Ya lo creo. De todos modos, el clima es muy bueno por aquí.

—¿No echas de menos la acción? —preguntó un coronel.

—A veces. Por ejemplo, en esta ocasión, en que todo va a ser tan fácil, me gustaría intervenir… Me refiero a lo de la familia Dijon-Vernes. Pero, *herr* se ha encaprichado de mi modo de hacer las cosas, especialmente de organizar las comidas y quiere que esté con él. De todos modos, cualquier día le pediré permiso para hacer una escapada y meterle a alguien unas cuantas balas en el cuerpo. Si fuese yo a Amsterdam…

—¿Qué hora es? —interrumpió otro de los coroneles.

—Las once menos diez.

—¿Es seguro que hay algún vuelo a París a estas horas?

—A cualquier hora y desde cualquier parte del mundo hay vuelos para París, hombre —rió otro de los coroneles.

—Hoy es fin de año —dijo Lucien—. Seguramente, les obsequiarán con champaña en el avión. De todos modos, es lástima que se marchen esta noche: verían los fuegos artificiales, del Casino… Son magníficos.

—La octava maravilla del mundo —rió uno de los coroneles.

—Pues tienen mucha fama —masculló Lucien, mirando cada vez con más interés al retrovisor—. Ese tipo debe estar chiflado.

—¿Qué pasa?

—Estamos marchando al límite de velocidad permitida y ahí detrás llevamos a un loco que nos está pidiendo paso. Debe estar borracho.

—Déjalo pasar. No necesitamos complicarnos la vida.

Lucien asintió y redujo la velocidad. En efecto, otro coche se acercaba, lanzando destellos con las luces largas, lo que le valió insultos por parte de Lucien, para él y toda su ascendencia.

Circulaban por la Nacional 7. A la derecha, el mar. Luna llena, oscuridad completa en este sentido. Pero las estrellas relucían sobre las negras aguas, como puntos de luz fría.

—¡A ver si pasas de una maldita vez, cornudo! —masculló Lucien.

El otro coche se puso a la altura del suyo. Lucien miró al conductor. Lo primero que vio fue una mancha blanca. No reparó en que la ventanilla derecha del otro coche estaba bajada. Sólo vio

la mancha blanca, de una bata, o algo así. Luego, vio un punto rojo dentro del otro coche y en el acto, el crujido terrible del cristal de seguridad de su ventanilla, que quedó convertido en una especie de telaraña de color amarillo.

—¡Pero qué…! —jadeó Lucien.

La segunda bala arrancó los cristales que se habían quedado formando una masa en la ventanilla y acertó a Lucien justo bajo el pómulo izquierdo, ocasionándole la muerte instantáneamente y empujándolo como si fuese un muñeco hacia el asiento contiguo. El volante giró, el coche saltó de la carretera, rebotando duramente contra las peñas de la costa… Uno de los coroneles todavía pudo gritar. Luego, el coche dio una vuelta, otra, otra más, rebotó como una pelota contra más rocas, se incendió, dio otra vuelta y cayó sobre el agua, convertido en una enorme llamarada, que siseó con fuerza… Entonces, el depósito de combustible explotó y el coche se abrió como una fruta, rodeado de espuma, que pareció de color azulado a la luz de las estrellas.

En la carretera, el coche que iba en dirección a Niza frenó, dio la vuelta y emprendió el regreso hacia Cannes.

Cuando llegó a la altura donde, en el agua, el coche destrozado continuaba ardiendo, rodeado de combustible y hundiéndose lentamente, Brigitte detuvo el coche que conducía, miró las llamas y sonrió fríamente.

—No sois vosotros los únicos que sabéis dar zarpazos…

Reanudó la marcha en seguida. Desde Cannes llegaba otro coche, con el que se cruzó a toda velocidad. Por supuesto, no iba a quedarse allí: tenía todavía otra cosa que hacer.

Capítulo IX

—Han llamado —dijo Max von Maxe.

—Sí. Voy a abrir.

—Mira antes a ver quién es.

—Bien.

Axel salió de la biblioteca, cruzó el vestíbulo y se detuvo ante la puerta. Abrió la mirilla y echó un vistazo, mientras se disponía a encender la luz de afuera. No llegó a hacerlo porque reconoció en seguida el coche de Paolo y Roger. Cerró la mirilla y abrió la puerta, alzando las cejas.

—¿Qué os trae por…?

Se quedó mudo. Petrificado, mudo, lívido. Fijos sus ojos en los de la hermosísima mujer de la bata blanca que estaba ante él, apuntándole al centro de la cara con una pistola con silenciador. Los largos cabellos negros, suavemente ondulados, caían sobre sus hombros como un manto precioso.

—Retroceda.

Axel se pasó la lengua por los labios. Vaciló, pero no demasiado, pues comprendió la verdad en los azules ojos que parecían penetrarle: él no valía nada para ella, no tendría el menor inconveniente en matarlo.

Retrocedió y ella entró. Cerró y movió la pistola, describiendo un pequeño círculo.

—Dese la vuelta.

De nuevo obedeció Axel. Brigitte se adelantó…, y en aquel momento, llegó la voz de Max von Maxe desde la biblioteca:

—¡Axel! ¿Qué ocurre?

—No conteste —susurró Brigitte.

—¿Quién está contigo, Axel? ¿Es la espía rusa?

Brigitte quedó, en verdad, atónita por la agudeza auditiva de Von Maxe. Ella tenía el oído finísimo, pero las facultades de Von

Maxe en este sentido sobrepasaban todo lo imaginable. Durante unos segundos, estuvo esperando, pero la voz de Von Maxe no volvió a oírse. Evidentemente, el alemán no necesitaba hablar más, ni hacer preguntas, para saber a qué atenerse.

Brigitte miró hacia la puerta de la biblioteca, pero Von Maxe no aparecía. Era como si allí dentro no hubiese nadie. Miró la nuca de Axel y decidió terminal con él, antes de ir por el otro. Alzó la pistola sobre su nuca y descargó un golpe fortísimo. Axel emitió un gemido y cayó de rodillas para hacerlo inmediatamente de bruces, quedando inmóvil. Una mancha de sangre comenzó a extenderse por su cabeza, en la parte inferior. Brigitte volvió a mirar hacia la biblioteca.

La voz de Von Maxe había llegado desde allí, estaba segurísima. Pero ahora parecía que no hubiese nadie allí dentro.

—Está solo, Max —dijo, de pronto, la divina, en voz alta—. Es mejor que salga de ahí, con los brazos en alto.

Silencio absoluto.

Baby esperó todavía unos cuantos segundos más. Luego, se quitó los zapatos, que dejó cuidadosamente en el suelo… Desde la biblioteca le llegó una risita y la espía se estremeció. ¿Era posible que Von Maxe hubiese oído los zapatos y hubiera comprendido lo que ella pretendía?

Sigilosamente, se deslizó por el vestíbulo hacia la biblioteca. Quizá Von Maxe la estuviese oyendo, pero podría engañarlo, de un modo u otro. Sólo tenía que llegar a la puerta, asomarse por un lado inclinándose, o bien cruzar rápidamente al otro lado y ver dónde estaba él. Eso y disparar, era lo mismo. Disparar si era necesario, porque, a ser posible, quería capturar viva a aquella gente, a fin de conseguir el fichero o archivo de Von Maxe con los nombres de sus «clientes» encumbrados gracias a asesinatos.

Estaba llegando a la puerta de la biblioteca, cuando de pronto sonó un chasquido, hubo un destello azulado fortísimo a su derecha y la luz se apagó. Todas las luces de la casa. Brigitte volvió la cabeza hacia la puerta, donde estaba la instalación central eléctrica y los contadores. Comprendió en el acto lo sucedido: en la biblioteca, Von Maxe había provocado un cortocircuito, que había fundido; los fusibles del contador.

Dé este modo, los dos estaban en las mismas condiciones.

Es decir, no estaban en las mismas condiciones: ahora todas las ventajas estaban de parte del ciego. Y así lo comprendió éste, pues su risita llegó desde la biblioteca.

—Se ha complicado la vida, Galina Cherkova… ¡Prepárese a luchar contra la zarpa del mal!

Tras esta frase, Max von Maxe tuvo un acceso de risa…, que se cortó bruscamente cuando Brigitte, queriendo aprovechar para deslizarse sin ser oída, corrió hacia la biblioteca y se colocó a un lado de la puerta.

—Voy a entrar, Max —advirtió.

Silencio.

Brigitte se pasó la lengua por los labios. De pronto, se dispuso a utilizar mejores armas que una simple pistola. Soltó una risa alegre, que se extendió por toda la casa como música.

—Eso es lo que usted está esperando, ¿verdad, Max? Pues olvídelo. ¿Me cree tan tonta como para haber vuelto sola aquí? Gracias a la estupidez de Johann Waltz, conseguí escapar. Él está muerto. También están muertos Paolo y Roger. Y su criado. Y los tres coroneles… Sólo quedaban usted y Axel. ¿Por qué tenía que arriesgarme? La casa está rodeada por compañeros míos de la MVD, a los cuales pedí ayuda. ¿Le sorprende eso?

Silencio total.

Un minuto.

Dos. Tres…

De pronto, dentro de la biblioteca, un ruido. Un sonido blando… Sí, blando. Sólo eso.

—¿No quiere salir?

Silencio absoluto.

Brigitte se tendió en el suelo, boca abajo, junto a la puerta de la biblioteca y comenzó a deslizarse sobre los codos y sobre las puntas de los pies. Estaba segura de que no producía el menor ruido. Y así debía ser, porque en la biblioteca no había reacción alguna. Continuó deslizándose hacia el interior, hasta que su cabeza chocó con algo, produciendo el inevitable ruido. Muy leve, pero algo así como un cañonazo para la finísima percepción de Von Maxe.

Y nada sucedió.

Tensa al máximo, Brigitte estuvo esperando unos segundos.

«Es imposible que no me haya oído», se dijo.

Hasta temió que Von Maxe hubiese oído su pensamiento. Sí, tenía que haberla oído. Y debía tener un arma, por supuesto. ¿Por qué no disparaba? ¿Qué estaba esperando?

Rodeó el sillón contra el que había chocado y segundos después, lo hacía nada menos que contra el soporte del proyector cinematográfico, que se vino abajo, con gran estrépito. Y no ocurrió nada. Al dar un salto para escapar de aquella zona, Brigitte cayó de bruces sobre otro sillón y al poner una mano para contener el golpe, tocó algo que reconoció en una fracción de segundo: su maletín. Lo asió rápidamente, se apartó del sillón y quedó acuclillada, con el maletín apretado contra el pecho, la pistola moviéndose en la oscuridad.

La lógica comenzó a prevalecer. Con todo cuidado, Baby abrió su maletín y localizó dentro, a tientas, el bolígrafo-linterna. Lo encendió y lo tiró rápidamente lejos de sí, deslizándolo por el suelo. La luz giró, iluminó patas de mesita, alfombra, pared…

No sucedió nada.

Brigitte se deslizó hacia la linterna, la recogió y dirigió lentamente el haz de luz alrededor. Un delgada haz de luz…, que fue suficiente para iluminar todo el rostro de Maximilian von Maxe. Estaba tendido en el suelo, de lado. Los lentes oscuros habían saltado y se veían ahora sus ojos oscuros, abiertos. Parecían de carbón de piedra. Las manos de Von Maxe estaban junto al rostro, apoyadas en el suelo, así que no podía haber truco alguno.

La espía se acercó y entonces vio la pequeñísima cantidad de espuma en un lado de la boca de Von Maxe. Se quedó paralizada de incredulidad. ¿Se había suicidado? Le tocó un lado del cuello con las puntas de dos dedos.

Sí. Maximilian von Maxe se había suicidado.

«Me ha creído… —reflexionó Brigitte—. Realmente ha creído que la casa estaba rodeada y ha preferido morir a que lo capturasen».

Se puso en pie y regresó al vestíbulo, ahora ayudada por la luz de la pequeña linterna. Localizó el armarito donde estaba el contador. Dentro había más fusibles, así que sustituyó los dos que se habían estropeado. Temió que el contacto permaneciese y volvieran a fundirse, pero no fue así. La luz volvió a la casa.

Se acercó a Axel, le quitó la pistola y lo asió por un pie,

arrastrándolo hacia la biblioteca. Allí, lo ató de pies y manos, y lo dejó tendido junto a Von Maxe, al que se quedó mirando todavía con estupefacción.

Acabó por encoger los hombros y miró alrededor. Seguramente, en aquel lugar debía haber una caja fuerte, donde Von Maxe tendría su fichero de «clientes». Tenía que conseguir esa lista y enviar a cada país la correspondiente a sus asesinos.

Tardó solamente cuatro minutos en encontrar el lugar de la biblioteca donde, en efecto, estaba la caja fuerte, detrás de unos libros, empotrada en la pared. Sacó todos los libros que podían molestarle y comenzó a manipular en el dial… Al mover la cabeza, se dio cuenta de que, finalmente, Axel había recobrado el conocimiento y tendido en el suelo, estaba mirando fijamente el crispado rostro de Max von Maxe, sus ojos negros como carbón de piedra.

—¿Conoce la combinación de esta caja, supongo? —preguntó Brigitte.

Axel la miró vivamente, sobresaltado. Baby se sorprendió al ver sus ojos llenos de lágrimas…, pero, al mismo tiempo, vio la expresión de odio. De un odio que la estremeció. Un odio tal, que supo que jamás podría controlar a las buenas a aquel hombre.

—No lo he matado yo —musitó— se ha suicidado.

—Usted lo ha matado… Yo lo amaba y él me amaba a mí… ¿Lo entiende?

—Desde luego que sí. Eso era lo único que les faltaba a los dos para ser completamente anormales.

—La mataré… Yo la mataré a usted… ¡La mataré!

Brigitte decidió no hacerle el menor caso. Sabía que podía abrir aquella caja. Requeriría tiempo, eso sí, pero no más de media hora. O sea, menos tiempo del que necesitaría para convencer a Axel de que debía colaborar con ella. Volvió toda su atención al dial y continuó moviéndolo. Dentro, oía el sonido de los mecanismos…

—Je, je… ¡Je, je, je!

Volvió la cabeza hacia Axel, sorprendida. Éste la miraba con expresión de odio y reía, en efecto. Brigitte apretó los labios y volvió a dedicarse a la caja fuerte.

—Je, je, je, je… ¡Je, je, je! ¡JE, JE!

Decidió ignorarlo por completo. Continuó moviendo el dial,

mientras Axel reía, cada vez más feliz… De pronto, la espía internacional quedó lívida, como si jamás hubiese tenido una sola gota de sangre en el cuerpo. Quedó encorvada ante la caja, como petrificada. De pronto, se irguió y corrió, hacia Axel y Von Maxe. Se arrodilló ante éste y de un manotazo, abrió la ropa que cubría su pecho. Se quedó mirando, alucinada, la cicatriz de tono rosado que había en el abdomen. Miró a Axel y vio sus ojos relucir como los de una fiera, sus labios estirados en una sonrisa.

—Dios…

—Je, je, je, je…

La espía se puso en pie, corrió hacia la puerta, se detuvo, regresó a recoger su maletín y volvió a correr hacia la puerta. Salió de la biblioteca, lo hizo también de la casa, se metió en el coche, puso en marcha el motor, dio la inversa y salió a la avenida. Metió la primera y el coche salió como disparado, rugiendo el motor poderosamente.

Cien metros más allá, detuvo el coche y volvió la cabeza. ¿Se había equivocado? Aquella cicatriz podía significar que Max von Maxe era, a su vez, un hombre-bomba, un hombre que jamás consentiría que lo atrapasen vivo y que, además, por el procedimiento de convertirse también en un «muñeco», podía vengarse de sus captores. Sólo tenía que suicidarse cuando todo estuviese perdido y las personas que hubiesen ocasionado su ruina morirían poco después cuando, al enfriarse su cuerpo, estallase la bomba que Johann Waltz le había colocado dentro… Esto encajaba con la personalidad de Von Maxe, desde luego.

Además, ¿por qué, si no era por eso, reía Axel?

—Quizá me esté equivocando —se dijo Brigitte—. Esperaré un buen rato y si nada ocurre, volveré para abrir esa caja fuerte.

Abrió el maletín y se sorprendió gratamente al encontrar allí incluso su pistolita de cachas de madreperla. Sí, estaba todo… Hasta los cigarrillos.

Se puso uno entre los labios y en el momento en que se disponía a encenderlo, sonó la potente explosión que reventó los cristales de todas las ventanas de la casa de Max von Maxe.

La zarpa del mal acababa de lanzar su último zarpazo.

Este es el final

Entró en su habitación del hotel Majestic, cerró, sonrió al recordar el gesto estupefacto del conserje al verla aparecer ataviada únicamente con una bata blanca y cruzó la pequeña salita. Entró en el dormitorio, encendió la luz y fue al cuarto de baño.

Es decir, su intención, su gesto, fue dirigirse directamente al cuarto de baño. Pero se quedó clavada en el suelo.

Sentado en una de las butacas, con una copa de champaña en la mano, estaba él. Delante tenía una mesita en la que se veía un cubo de plata con hielo y dentro, una botella de Perignon 55. Al lado, una copa vacía, y junto a ésta un tarro de cristal conteniendo guindas. Rojas y hermosas guindas.

El hombre que tenía la copa en la mano bebió un sorbito, y miró apaciblemente a Brigitte Montfort. Era un hombre alto, delgado, de hombros finos pero anchos y fuertes como acero. Sus manos eran grandes y hermosas y estaban muy bronceadas. Su rostro era seco, viril, quemado por el sol. Negrísimos los ojos. Del color del cobre sus cabellos discretamente largos. Vestía impecablemente de esmoquin. Un león en esmoquin. Pasmoso.

—Feliz Año. Nuevo —dijo el hombre.

—¿Ya son las doce? —musitó Brigitte.

Él miró su reloj de pulsera y movió la cabeza.

—Faltan unos segundos. ¿Vas a bañarte?

—Había pensado hacerlo.

—¿Te espero o todavía tienes cosas que hacer en Cannes?

FIN